



# 3 de los 39

reportajes sobre tres escritores  
jóvenes colombianos de Bogotá39

por Sebastián Jiménez Valencia



**TRABAJO DE GRADO**

de

Sebastián

Jiménez

Valencia

del pregrado de

**PERIODISMO Y OPINIÓN PÚBLICA**

Escuela de Ciencias Humanas

**Universidad del Rosario**

**Tutora**

Adriana Varón

**Coordinador**

Álvaro Duque

**Decano**

Francisco Rodríguez

**Fotografía**

Sebastián Jiménez Valencia

2009

**Diseño y diagramación**

Sebastián Jiménez Valencia

sebastianjimenezvalencia@gmail.com

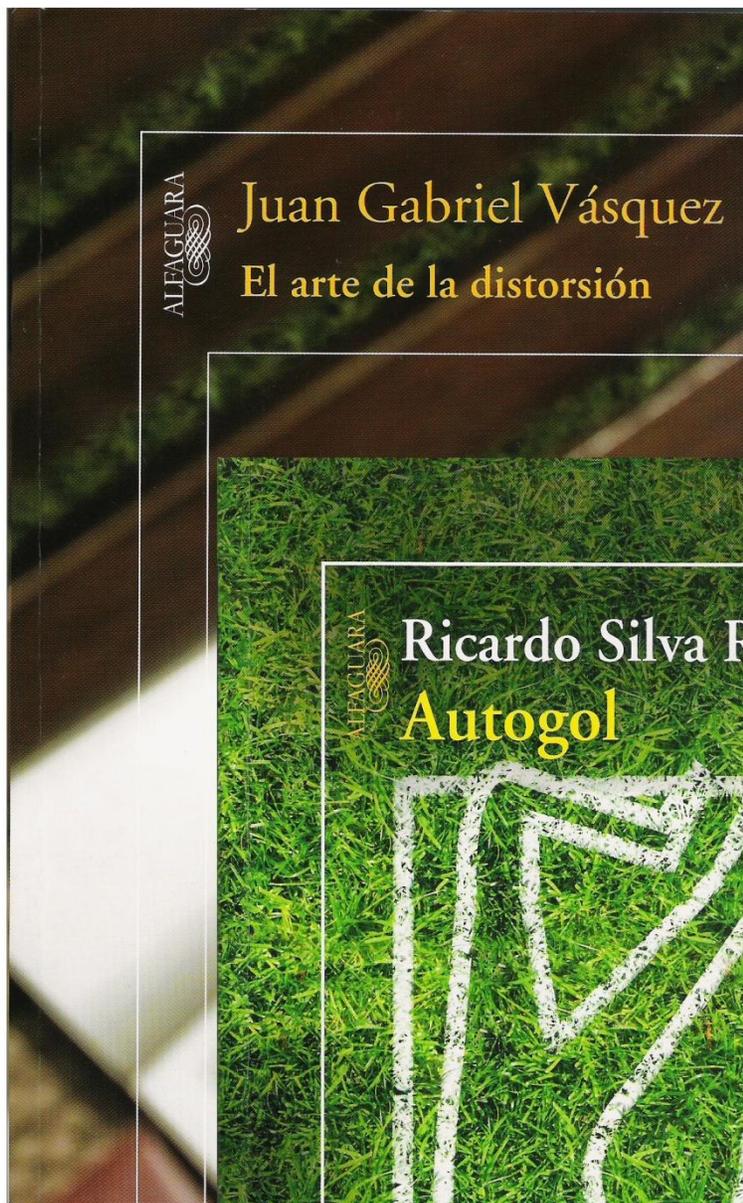
3106196578

Calle 107 # 11 A - 50 (902) Bogotá



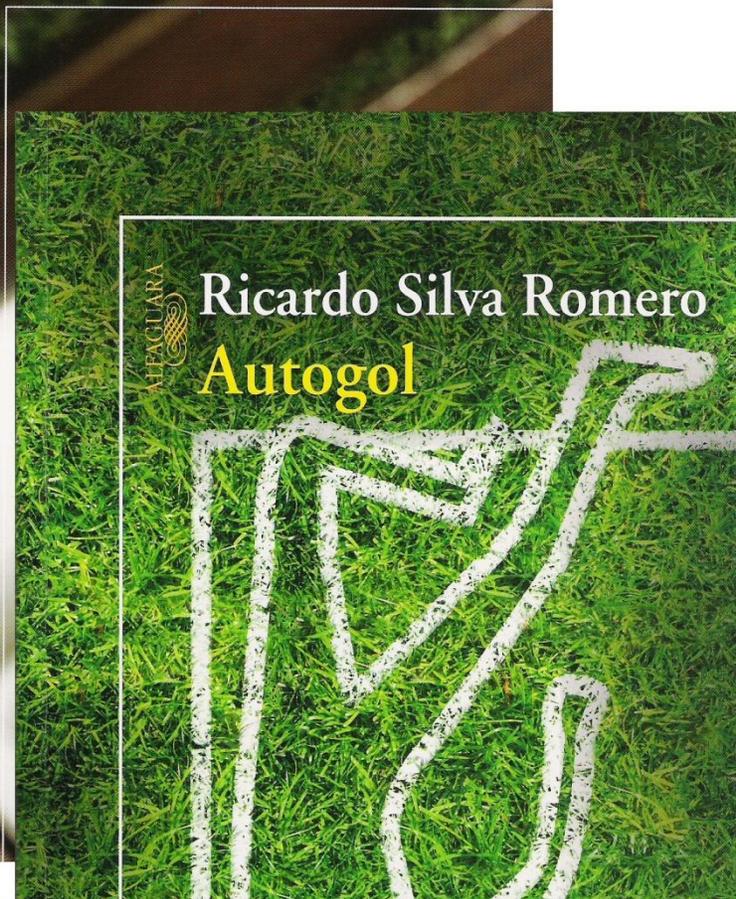
**UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**

**2010**



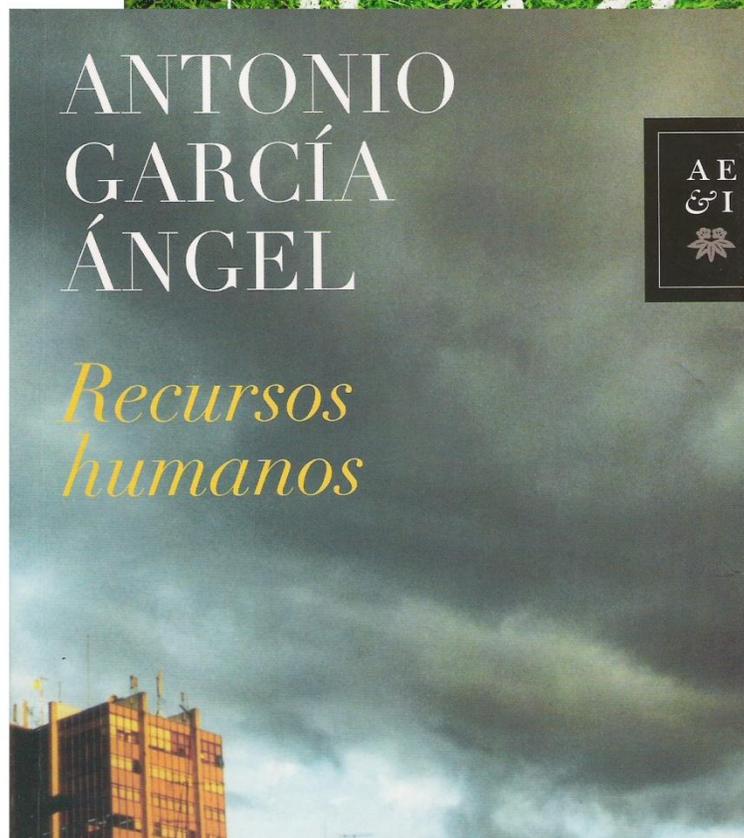
Juan Gabriel Vásquez  
El arte de la distorsión

ALFAGUARA



Ricardo Silva Romero  
Autogol

ALFAGUARA



ANTONIO  
GARCÍA  
ÁNGEL

Recursos  
humanos

AE  
& I





S U M A R I O

La generación de Bogotá39



Historia secreta de Juan Gabriel Vásquez



Ricardo Silva en tres actos



El perfeccionista



# La generación de Bogotá39

En marzo de 2008, el escritor mexicano Jorge Volpi escribió un mordaz y fascinante artículo sobre Roberto Bolaño. En él, Volpi describe -casi sin proponérselo- la realidad de la literatura latinoamericana actual. Bueno, literatura latinoamericana es mucho decir, porque para Volpi, así como para muchos otros escritores, la literatura latinoamericana como unidad, como género, murió junto con Bolaño en 2003.

Hagamos entonces un breve resumen de lo que se conoció como literatura latinoamericana:

Aunque ya Borges había hecho su tarea solitaria preparando el camino, se considera que la *literatura latinoamericana* empezó con el Boom, que para algunos tuvo su punto más alto con la publicación en 1968 de *Cien años de soledad*. Luego vino lo que Alberto Fuguet y Sergio Gómez llamaron McOndo: escritores nacidos entre 1959 y 1962, la época de la revolución cubana, y entre cuyos autores más conocidos están el mismo Fuguet y Edmundo Paz Soldán y que cuenta con los colombianos Jorge Franco, Mario Mendoza y Santiago Gamboa. McOndo era, en pocas palabras, la reacción de los noventa contra el realismo mágico de los sesenta. Después, en 1996 apareció el Crack, el grupo de autores mexicanos encabezados por Volpi, que intentaron retomar la estética del Boom para hacer la novela total, la tan deseada novela ambiciosa.

Están, por último, los escritores nacidos después de ese año convulsionado y memorable que fue el 68 y de los cuales 39 fueron seleccionados para que vinieran a hablar a Bogotá en 2007. El número 39 tiene su razón aparente de ser: entre 1968 y 2007 pasaron 39 años.

Jorge Volpi fue uno de esos treinta y nueve escritores que formaron parte de Bogotá39, un evento organizado por el distrito de la capital en el marco de *Bogotá Capital Mundial del Libro*. La idea era sencilla, pero curiosa: reunir, de forma arbitraria, a los 39 escritores latinoamericanos más representativos que tuvieran menos de treinta y nueve años, once meses y treinta días. La clasificación, ya de hecho discriminatoria, fue considerada por muchos como absurda debido al extraño criterio de selección. Nadie sabía con certeza, por ejemplo, por qué no se había incluido a escritores españoles. Nadie entendió, tampoco, qué tenía de relevante eso de que todos fueran jóvenes, como si ser joven fuera una condición que importase en la literatura. El objetivo del evento fue igualmente ridículo para los escritores: hablar sobre el presente y el futuro de la literatura latinoamericana.

Los treinta y nueve, perplejos, respondieron con amabilidad que no tenían ni la más remota idea de cuál era el futuro de la literatura latinoamericana y que tampoco podían hablar del presente de la misma. ¿Por qué? Porque ya no hay *literatura latinoamericana*, tal como la gestaron los autores del Boom. Hay, si acaso, literatura hecha por escritores nacidos en América Latina. Y entre ellos no hay nada que los una, no hay un tema, un género, un estilo que los unifique y que pueda considerarse exclusivamente *latinoamericano*.

Lo único que parecen tener en común estos 'jóvenes' (volvamos al artículo de Volpi) es que la mayoría admiran a Roberto Bolaño, el escritor chileno que vivió en México y murió en España y que después de muerto se volvió inmortal. Bolaño fue el primero en encontrar la grandeza por fuera de la sombra del Boom, en apartarse del ambiente tropical, de las dinastías familiares, de las asonadas políticas y de la magia 'realista' que muchos en todo el continente imitaron de la literatura garciamarquiana hasta trillarla. Pues bien, Bolaño con *Los detectives salvajes* logró desprenderse del amplio manto del Boom y se inventó una nueva estética, un nuevo estilo, pero con los mismos elementos de los escritores del Boom. Bolaño logró cambiar el realismo mágico por el realismo visceral y le dio una lección de experimentación a *Rayuela*. Pero Bolaño, señores, fue el último en encarnar a toda Latinoamérica en su obra.

Aunque no tuvieran mucho en común y el asunto de llamarlos jóvenes y de ponerlos a discutir sobre un futuro incierto era un poco desatinado, en todo caso Bogotá39 logró reunir a escritores latinoamericanos conocidos en sus países y darlos a conocer en todo el continente. Tanto lectores, como editoriales, como críticos conocieron las obras de muchos hasta entonces desapercibidos y se consiguió que treinta y nueve escritores fueran reconocidos con bombos y platillos como eso, como escritores.

Ante la petición de los organizadores del evento, el jurado seleccionador (conformado por Piedad Bonnett, Héctor Abad Faciolince y Óscar Collazos), consiguió reunir 37 nombres. Les faltaban dos. Entonces los jurados -confesó Piedad Bonnett-, echaron mano de su poder y, por ser los anfitriones le cedieron esos dos puestos a Colombia, que quedó con la mayor representación. Los nombres de esos dos últimos colombianos que entraron de ñapa, se los llevarán a la tumba los jurados.

Los colombianos fueron: Juan Gabriel Vásquez, Pilar Quintana, Ricardo Silva, J.J Junieles, Antonio García Ángel y Antonio Úngar. De ellos se puede decir lo que se puede decir en general de todos los de Bogotá39: no son grandilocuentes, no quieren cambiar el mundo y no se están inventando nada. Sólo quieren escribir bien. Los seis tienen publicaciones reconocidas y han colaborado de alguna forma con algún medio impreso. Pero de los seis hay tres que se destacan no sólo por ser los más conocidos sino por la aceptación indiscutida que tienen entre la crítica.

Juan Gabriel Vásquez, Ricardo Silva Romero y Antonio García Ángel son columnistas de los medios más importantes del país. Vásquez y Silva de los dos diarios de circulación nacional (El Espectador y El Tiempo, respectivamente), y García de la revista con mayor número de lectores, SoHo. Esto ya los ubica en un grupo muy especial de escritores que pueden ser leídos por sus lectores de forma periódica, lo que les da la publicidad y la divulgación necesaria para que por lo menos sus nombres suenen más allá de las editoriales.

Cada uno tiene méritos para que su obra sea vista en detalle y su vida sea esculcada para la entretención de los lectores.

Juan Gabriel Vásquez se ha consolidado como uno de los más importantes escritores colombianos de los últimos años con sus novelas *Los informantes* e *Historia secreta de Costaguana*, que han sido traducidas a varios idiomas y que le han merecido premios internacionales. Es, además, un ensayista destacado.

Ricardo Silva Romero, el crítico de cine de *Semana*, ha publicado numerosos libros en pocos años y su estilo y juicio son cada vez más elogiados por la crítica y el público. Su novela *El hombre de los mil nombres* fue elegida por *Semana*, *El Tiempo* y *Piedepágina* como una de las diez mejores del año 2006. Además de novelas, ha publicado libros de cuentos, de poemas, una biografía y un libro infantil.

Mencionar a Antonio García Ángel es mencionar el premio Rolex de mentores y aprendices. Lo ganó en 2004, y durante un año entero escribió una novela bajo la tutoría y el acompañamiento de Mario Vargas Llosa que se titula *Recursos humanos*. Además de columnista, es asesor editorial de SoHo.

Estos tres jóvenes ilustres tienen en común, sobre todo, el hecho de que sus obras no se parecen en nada. Claro, hay similitudes, como el protagonismo del humor en las obras de Silva y de García, o que los tres han publicado libros de cuentos. Ninguno considera una influencia directa a García Márquez y los tres, en sus columnas, han criticado de distintas maneras al gobierno de Álvaro Uribe. A los tres les parece ridículo el rótulo de 'jóvenes'. Cada uno, sin embargo, representa una visión muy distinta de la literatura y del oficio del escritor.

Los siguientes reportajes descubren la vida y la obra de estos escritores que un buen día alguien quiso llamar jóvenes. Hay que saber quiénes son en realidad Vásquez, Silva y García, para darse cuenta, después de todo, que la buena literatura no tiene edad.

Por lo pronto, sólo queda esperar que alguna de estas tres llamadas promesas de la literatura colombiana, o las tres, logren ser tan grandes como Bolaño o García Márquez. Ojalá. ■

P U B L I C A C I O N E S

|   |  |   |
|---|--|---|
|   |   |   |
| <b>Juan Gabriel VÁSQUEZ</b>   | <b>Ricardo SILVA ROMERO</b>  | <b>Antonio GARCÍA ÁNGEL</b>   |
| <b>Bogotá, 1973</b><br><b>Columnista de El Espectador</b>   | <b>Bogotá, 1975</b><br><b>Columnista de El Tiempo</b>  | <b>Cali, 1972</b><br><b>Columnista de SoHo</b>  |
| <ul style="list-style-type: none"> <li>- <i>Persona</i> (1997)</li> <li>- <i>Alina suplicante</i> (1999)</li> <li>- <i>Los amantes de Todos los Santos</i> (2001)</li> <li>- <i>Los informantes</i> (2004)</li> <li>- <i>El hombre de ninguna parte</i> (2007)</li> <li>- <i>Historia secreta de Costaguana</i> (2007)</li> <li>- <i>El arte de la distorsión</i> (2009)</li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>- <i>Sobre la tela de una araña</i> (1999)</li> <li>- <i>Relato de Navidad en La Gran Vía</i> (2001)</li> <li>- <i>Tic</i> (2003)</li> <li>- <i>Terranía</i> (2004)</li> <li>- <i>Incómodo en el mundo</i> (2004)</li> <li>- <i>Parece que va a llover</i> (2005)</li> <li>- <i>El hombre de los mil nombres</i> (2006)</li> <li>- <i>En orden de estatura</i> (2007)</li> <li>- <i>Autogol</i> (2009)</li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>- <i>Su casa es mi casa</i> (2001)</li> <li>- <i>¡Aaaaaahhh...! Doce relatos eróticos</i> (2002)</li> <li>- <i>Recursos humanos</i> (2006)</li> <li>- <i>Animales domésticos</i> (2010)</li> </ul> |

# Historia secreta de



*Juan Gabriel Vásquez, Premio Qwerty al mejor libro de narrativa en castellano (Historia secreta de Costaguana) y finalista del premio Independent Foreign Fiction (Los informantes), dejó Barcelona por unos días y volvió a su natal Bogotá, la ciudad de la que partió hace 13 años para dedicarse a escribir. Estuvo un domingo en la Feria del Libro entre firmas, escritores y la multitud de capitalinos que se agolparon en los concurridos pabellones de Corferias, y habló, desde luego, de lo que más le gusta: los libros.*

# Juan Gabriel Vásquez



**C**uando Vásquez no era Vásquez –cuando no era novelista ni cuentista ni ensayista ni columnista- sino Juan Gabriel, un niño que leía de forma compulsiva hasta la una de la mañana, su madre debía acostarlo a la fuerza, apagándole la luz para que dejara de leer. El vicio no cambió mucho al crecer, y sus padres, ambos abogados, vieron cómo el pequeño lector se convertía en un incipiente escritor. Luego viajó, se fue del país, siguió escribiendo y siguió siendo el lector impenitente de literatura anglosajona que siempre fue. Hasta que un día, nadie sabe muy bien cuándo, Vásquez se volvió el escritor del que todos hablaban, sus libros eran traducidos a varios idiomas y se ganaban premios extranjeros y su columna era leída por muchos cada semana. Y así, con esas referencias, ese escritor debe llegar a las tres de la tarde a la Feria del Libro de 2009 para la firma de libros que su editorial ha programado.

En el stand de Santillana en el pabellón 6 de Corferias, un espacio encerrado por paredes falsas con grandes rostros de escritores en ellas, hay dos madres con bebés en brazos que no deben tener más de unos días de nacidos. No lloran, pero tienen que aguantarse la penosa tarea de vivir, en medio de miles de personas acorraladas entre libros y más gente que se empuja y tose encima. Una de las madres rodea una especie de columna dentro del stand, donde se exhiben libros de autores cuya foto aparece en la parte de arriba de la columna. Ahí está Juan Gabriel Vásquez, joven, con su habitual camisa elegante pero informal y sus gafas sin marco. Y debajo de él, de la foto, varias decenas de ejemplares de la edición de bolsillo –la más reciente- de *Los Informantes*, su tercera novela.

De repente se alcanza a ver una cabeza por encima de todas que se aproxima al stand. Es la cabeza del escritor: alto, de jeans, saco negro y una sonrisa. Está acompañado por algunas personas y es recibido por los empleados de la editorial. Son las tres y diez. Vásquez habla con sus acompañantes, saluda a quienes lo reciben y sigue sonriendo. Tiene las manos en los bolsillos, luego cruza los brazos.

Ya está dispuesta la mesita en la entrada del stand para la firma de libros frente a las fotografías de Günter Grass y Laura Restrepo. Ya está puesto, contra la pared, el cartel que anuncia que a las tres de la tarde Juan Gabriel Vásquez, el escritor, estará firmando libros de ese domingo de feria. Vásquez se sienta en una de las dos sillas. Tiene cara de apuro. Es su último día de una fugaz visita a Bogotá antes de volver a Barcelona, y no ha podido estar con su familia.

“Corriendo. Por la costumbre de dejar los asuntos familiares para el final”, dice, haciendo una leve mueca con su boca, mientras recibe de una joven delgada, de pelo negro y piercing bajo el labio, la nueva edición de su libro.

El escritor sonríe de nuevo, mirando la portada, en la que aparece una fotografía de Bogotá en los años 40, del bogotano Sady González, célebre por la fotografía del cadáver de Gaitán y otras imágenes históricas del Bogotazo. En el pabellón 11 se exhibía esa misma foto en la exposición homenaje al café El Automático.

En la mesita de enfrente, dispuesta para la firma de libros de Pilar Castaño unas horas después, piden sentarse las dos mujeres rubias que vinieron con él. “¿Nos podemos sentar acá?”, preguntan. “Para contemplar al escritor”, añade, riéndose, la de pelo corto. Es Mariana, la esposa de Vásquez.

En la otra silla de la mesita de Vásquez se sienta el escritor Ricardo Silva Romero, que según el cartel debía firmar libros el siguiente

sábado, pero que fue asignado por la editorial ese día de forma intempestiva. Silva, pequeño, calvo, de camiseta azul claro, conversa con Vásquez entre risas mientras comparten una Coca-Cola que Silva ha llevado.

Doce años antes de estar en Bogotá compartiendo mesa en conversatorios y tequilas en las noches con 38 escritores jóvenes de Latinoamérica, Vásquez estaba terminando Jurisprudencia en la Universidad del Rosario. Entró a estudiar derecho, dice, por convicción, porque en realidad creía que eso era a lo que iba a dedicarse el resto de su vida. No se le puede culpar, claro, después de todo viene de una familia de abogados.

“El derecho tenía entonces todavía esa tradición humanista, donde uno lee mucho. Para mí, que era un lector ya obsesivo, parecía lo sensato”. Pero lo sensato era, por supuesto, otra cosa. No se le puede pedir a un lector de ficciones esa tarea inverosímil que es vivir entre leyes, litigios y contratos. Un lector pertinaz tiene que escribir. Su primer cuento lo escribió a los ocho años y a los nueve tradujo del inglés una biografía de cien páginas de Pelé a petición de su padre, por los días en que se jugaba el mundial de España.

Por esa época, cuando se ganaba concursos de cuentos en el colegio Anglo Colombiano, el fútbol era todo para él, y una manera de vivir su pasión por el fútbol era a través de los libros.

“Me acuerdo de sacar libros de teoría futbolística de la biblioteca porque eso era letra impresa (que para mí ha sido siempre una adicción) que me hablaba de lo único que me interesaba en ese momento: el fútbol”, recuerda este hincha de Barcelona que por estar leyendo nunca jugó fútbol como cualquier otro niño de su edad. La literatura era un escape, prácticamente el único, y se convirtió en su forma de vivir.

“Mi generación es una las últimas en las que todavía la lectura puede verse como algo subversivo. Porque cuando yo empecé a leer todavía no había entrado en la sociedad esta idea de que la lectura es buena como la vitamina C, que la lectura nos hace mejores y que es algo necesario”.

Vásquez leía a escondidas, leía libros a través de los cuáles se enteraba del sexo y de las cosas prohibidas de la vida. Los libros le hablaban de lo que nadie más le hablaba. Hoy, dice Vásquez, eso está en otra parte, en cualquier otra cosa distinta a un libro. Pero para él la lectura se volvió un vicio del que no podía escapar, que le generaba síndrome de abstinencia –asegura, con toda honestidad- como a cualquier drogadicto.

Y aunque llevaba escribiendo toda la vida, Vásquez consideró que la literatura iba a ser su hobby y que iba a leer novelas siempre y a escribir sólo en sus ratos libres. “No era factible que uno se dedicara a una vaina así”, pensaba en ese entonces.

Cuando estaba en mitad de la carrera, debido a la acumulación de lecturas y al empecinamiento de no dejar de leer todo el tiempo, la literatura se proclamó en Vásquez: decidió escribir un libro de cuentos. En el curso de la escritura de ese libro se dio cuenta de que eso era lo único que quería hacer en la vida y que era el momento de olvidar lo práctico. “O me dedicaba a lo que me gustaba, o iba a ser infeliz”.

Vásquez eliminó todo lo demás, todo lo que le estorbaba. Dejó lo sensato y optó por lo que era sensato para él. Terminó la carrera. Su



Vásquez es un fanático perdido de la literatura norteamericana. Dice que gracias a la lectura de la obra de Philip Roth encontró el método de cómo aproximarse a la historia colombiana: la relación entre la vida íntima de los personajes y la vida colectiva de los países. Así pudo escribir *Los informantes*.

tesis de grado se tituló “La venganza como prototipo penal en la *Iliada*”. Y desde ahí abandonó para siempre el derecho –carrera segura, alimenticia-, pero aseguró su satisfacción personal.

Así que recibió el diploma y se fue a París.

\* \* \*

Silva y Vásquez charlan en las sillas altas de la mesita sobre la que están los ejemplares de sus libros publicados por la editorial Alfaguara, de Santillana. De vez en cuando un lector se sale de la masa que deambula por el pabellón, se aproxima a ellos y saca de una bolsa de plástico alguno de sus libros. Vásquez exhibe una sonrisa sincera cuando firma.

Después de unos minutos, un periodista del canal RCN se acerca a Vásquez, acompañado de un camarógrafo y su cámara y de otro técnico. El periodista le hace unas preguntas mientras Vásquez asiente, sonriendo. Luz de cámara encendida y micrófono conectado y Vásquez da una entrevista. El camarógrafo se demora haciendo tomas de apoyo (de los libros, de las manos del escritor, del stand) y luego, luz de cámara encendida y micrófono conectado y otra pregunta más. Silva observa callado.

La gente que camina por el pabellón mira la cámara, mira a Vásquez y sigue su caminar torpe.

Unos instantes después otra cámara con otro camarógrafo y tres técnicos más se paran frente a los escritores. Esta vez quien tiene micrófono es una modelo alta, muy hermosa, con una blusa de escote pronunciado en la espalda y tacones altos. La modelo se dispone a hacerle una entrevista a una mujer vieja. La preparación dura media hora (traen luces, monitor, y otros equipos televisivos). La escena es, aparentemente, fascinante para la gente, que empieza a reunirse lentamente alrededor de la cámara y los técnicos y la modelo, y Vásquez y Silva empiezan a perderse entre los curiosos. Es como si la gente nunca hubiera visto una cámara. Ya nadie pueda andar. Ya nadie puede pedir firmas.

La hora de firmas termina y Vásquez se para de la silla con dificultad, procurando no empujar a ningún observador impávido. Habla de forma breve con la encargada del stand y se empuja ligeramente, quedando muy por encima del resto de las personas. Busca la salida del pabellón. Pero Vásquez, más alto que sus compatriotas, se mueve con dificultad. No empuja –como lo hace la demás gente– para abrirse camino. Tal vez por exceso de amabilidad, cortesía ineluctable o tal vez por simple aversión al contacto con las personas, espera paciente y entre susurros y permisos amables aguarda a que la gente se quite de su camino. A este escritor ya se le olvidó lo que es vivir en Bogotá. Quizá por eso se fue.

“Qué impresión. Ponen a una mona de dos metros y esto se paraliza”, dice, molesto. Una vez por fuera del pabellón, respira, mirando a la multitud.

Cuando se fue de Bogotá, en 1996, se fue persiguiendo el ideal romántico de los escritores que habían escrito sus mejores obras en París. París era una obsesión, acaso un fetiche. Era la ciudad de *Ulysses* y de *Rayuela*, la de sus autores favoritos, la de Joyce, la de Hemingway y la de Fitzgerald. Pero el mito parisino resultó en decepción.

“La culpa es mía por inocente –dice Vásquez-. Yo crecí leyendo literatura anglosajona, el inglés es una lengua que hablaba desde pequeño, y de repente decido irme a París, donde se habla una lengua que yo no conocía, con la idea dizque de estudiar literatura *allá*. De manera que me iba a tocar aprender la lengua... era absolutamente enrevesado todo, muy poco lógico”.

El desencanto fue inevitable. Vásquez pecó por haber creído desde el principio que el mito era cierto y que iba a ser otro Cortázar u otro Faulkner. Una ciudad no puede hacer mucho por un joven que llega con la idea de ser escritor. Y menos París, que ya no es la París de los sesenta, que ya no acepta tan fácil a los inmigrantes, por mucho que quieran ser escritores.

Al libro de cuentos que escribió en la universidad –nunca publicado– siguió *Persona* (1997), una novela a la que el autor le tiene mucho cariño pero que considera fallida. “Es demasiado ambiciosa para el aprendiz escritor que era yo. Traté meter en 120 páginas todo lo que había aprendido de cómo se hacen novelas”. Luego, producto de sus años en París, vino *Alina suplicante* (1999), una historia de amor entre dos hermanos, que es completamente lo opuesto a la primera novela: una obra de formas poco arriesgadas, sin el menor atrevimiento estilístico y de un realismo convencional. Para él su segunda novela es, confiesa, un completo fracaso.

Tras esa decepción, revaluó lo que quería hacer escribiendo y decidió “volver a las unidades básicas”, dice; volver a aprender lo que a él le interesaba como escritor. El resultado: *Los amantes de Todos los Santos* (2001), un libro de cuentos muy bien recibido por la crítica, su presentación en sociedad. “Es mi primer libro maduro”, dice con orgullo.

De Bogotá se fue escapando de una profesión que no era la suya y de una ciudad que no le ofrecía un ambiente tranquilo para escribir; de París se fue escapando de una academia que no le estaba ofreciendo nada a su literatura y que lo estaba ahogando. En París estaba estudiando en la Sorbona un doctorado de literatura latinoamericana que asegura no le aportó nada y que, por el contrario, le estaba restringiendo su libertad literaria. Y, en vez de hacer la tesis, se fue un fin de semana a las Ardenas belgas, a la casa de una pareja de amigos de 70 años. El fin de semana se convirtió en un año. Un año de sólo lectura, el año en el que más ha leído. Un año en el que aprendió cómo escribir historias que pudieran ser recordadas por el lector como si fueran parte de su experiencia.

\* \* \*

Juan Gabriel Vásquez responde varias entrevistas de diferentes periodistas por toda la feria. Camina con su pinta de yuppie irremediable, entre juvenil y seria, propia de su generación. Tiene el pelo muy bien peinado, hacia atrás, no muy largo, algo ondulado, absolutamente estático. Aparece, bajo su mentón afeitado al ras, un asomo de papada.

Su imagen pulcra de escritor serio y consagrado hace olvidar que Vásquez es lo que muchos llamarían un niño *bien* de un colegio *bien* de una familia *bien*. Su historia no corresponde a la figura del escritor del siglo XX, un artista adicto a sustancias que sufre penurias para publicar su obra. Fue un jovencito disciplinado –por no decir nerdo- que decidió dedicarse a hacer lo que más le gustaba. Punto. Su vida se parece más a la de Borges que a la de García Márquez.

Una vez, por cierto, en el día de Sant Jordi de 2008 en Barcelona una periodista española le dijo: “Algunos periodistas españoles lo han comparado a usted con Borges”. Y él, riéndose, dijo –con más sentido de la realidad que con verdadera modestia- que de ninguna manera, que era una desmesura y una exageración absolutamente inadmisibles.

En la misma Feria Internacional del Libro de Bogotá donde Vásquez firmó libros e intentó caminar entre la multitud, el escritor Héctor Abad Faciolince caminaba entre el gentío al lado de Germán Castro Caycedo después de tomarse un café con amigos en el pabellón de México. Abad, escritor y columnista y ensayista como Vásquez, dijo, sin pensarlo dos veces: “Creo que Vásquez es un escritor absolutamente dedicado a su oficio que probablemente va a escribir la gran novela colombiana del siglo XXI”.

Pero Vásquez no cree que sea, bajo ningún concepto, el nuevo fenómeno literario en Colombia y mucho menos en América Latina. En sus textos, que son siempre muy personales, poco se caracteriza a él mismo. Se conforma describiéndose en pequeñas dosis, en gotas de tinta, dentro sus artículos y ensayos. Son un diálogo con el lector: la manera en que dice lo que quiere decir y pregunta lo que quiere preguntar. Y sus juicios, que ha forjado en años de lectura incesante, son respaldados con una seguridad que sólo a un necio le parecerían soberbia. Por eso, aunque está acostumbrado a que lo relacionen con algo cercano al talento, huye constantemente de los elogios

innecesarios y de las comparaciones fuera de lugar.

Se describe mejor a sí mismo, en todo caso, cuando no se propone hacerlo, como en un encuentro de los escritores de Bogotá39 en el Hay Festival de Cartagena en 2008: al ser preguntado por su parecido con Miguel Altamirano –personaje de su libro *Historia secreta de Costaguana*-, Vásquez se retrató en términos en los que muchas veces ha intentado hacerlo dejando pistas regadas en sus escritos:

“No tengo mucho que ver con Miguel Altamirano salvo quizá un cierto escepticismo y unas ciertas ganas, a veces gratuitas, de pelear con los poderes establecidos”. Escepticismo y ganas de pelea que, por lo demás, están siempre presentes en sus columnas y ensayos. (Altamirano a su vez publicaba columnas en periódicos liberales del siglo XIX; pero no, es una coincidencia no más).

Y en esos poderes establecidos entra la Iglesia, por supuesto, una institución de la que despotrica abiertamente: “Creo que la Iglesia Católica que nos tocó vivir es uno de los organismos más nocivos y peligrosos que ha tenido la humanidad, responsable indirecta de muchos de los males que nos aquejan. Se equivoca sistemáticamente, nunca aprende de sus errores y retrasa el desarrollo de las sociedades libres. Y creo que eso no lo dice suficiente gente”.

El otro poder con el que constantemente pelea es el gobierno. Para Vásquez lo sensato es que el Estado sea laico, que se respete la libertad de cultos y que el presidente no tome partido públicamente por una religión ni pueda aconsejarles a los ciudadanos cuál debe ser su comportamiento sexual. El de Uribe es un gobierno que, cree, dejará resultados positivos en algunos terrenos pero que “por lo demás es el gobierno más corrupto de la historia de Colombia, tal vez con la posible excepción del de Ernesto Samper”.

Su posición más férrea, y quizá la más polémica, es la que se refiere al prohibicionismo. ¿Qué le conviene al país?, se pregunta. Y responde: “La legalización de la droga. Para mí todo pasa por ahí. Le quita el poder a las mafias, desarma el conflicto básico del que se alimenta ese gran monstruo que es el *conflicto colombiano*”. Para Vásquez, el narcotráfico es la razón de la cultura corrupta de las instituciones políticas en el país. Y para remediar eso en el futuro –dice completamente seguro- lo único que hay que hacer es legalizar la droga en todo el mundo.

“Pero eso no va a pasar”, concluye.

\* \* \*

Vásquez se confunde con la multitud. Se acerca la noche y las personas aún chocan unas con otras entre los pabellones. En el stand de Santillana está Mariana, su esposa, con sus dos pequeñas hijas. Ella, al igual que el padre de Vásquez, busca a su esposo. Busca al escritor que no sabe utilizar el celular que su editorial le dio y que está entre las miles de personas que deambulan en ese momento en Corferias.

El padre de Vásquez, como muchos de los asistentes a la feria, tiene una bolsa de plástico en la mano. Es un hombre corpulento de tez trigueña y pelos negros que se desbordan por fuera de sus fosas nasales. No se parece a su hijo. No recuerda nada acerca de la traducción de la biografía de Pelé. Pero tiene muy claro cuáles han sido las publicaciones de Juan Gabriel desde el primer cuento –en el anuario del colegio a los ocho años- hasta su último libro. Siempre quiso que estudiara derecho y, cuando supo que su hijo quería

dedicarse escribir, sólo le pidió que terminara la carrera como garantía. El escritor le cumplió y desde ahí se ganó a su lector más juicioso, su papá.

Una vez más Vásquez se encuentra empujándose sobre la multitud. Está en la entrada del stand, justo debajo del aviso de Alfaguara. Se ha encontrado a Mariana, y tiene órdenes directas de esperar allí a su padre.

Así se queda, quieto entre la muchedumbre, como Santiago Gamboa en la foto de Daniel Mordzinski en el metro de París. Al fotógrafo judío argentino, sin duda, le habría gustado tomarle esa foto a Vásquez, su amigo personal. El escritor, que en sus ensayos y columnas se refiere a todo lo que tenga que ver con literatura, ha mencionado varias veces a este fotógrafo de escritores (que ha retratado a los más grandes autores latinoamericanos y fue, según Vásquez, el invitado número 40 de Bogotá<sup>39</sup>). El escritor, desde luego, ha pasado por el lente del fotógrafo, bien sea detrás de un vidrio en mitad de una conversación con el Nobel Orhan Pamuk en el Hay Festival de la Alhambra, bien como extra besando a su esposa para una foto de Héctor Abad Faciolince en un hotel de aeropuerto en París.

“Nos fuimos al aeropuerto con Daniel a ver a Héctor. Héctor tenía el vuelo muy temprano y tenía una larga espera. Entonces Daniel nos puso a hacer de figurines en la foto”, recuerda riéndose Mariana, la esposa, con quien Vásquez lleva diez años de casado y que es la madre de sus dos hijas.

Luego de su año en Bélgica y de radicarse en Barcelona

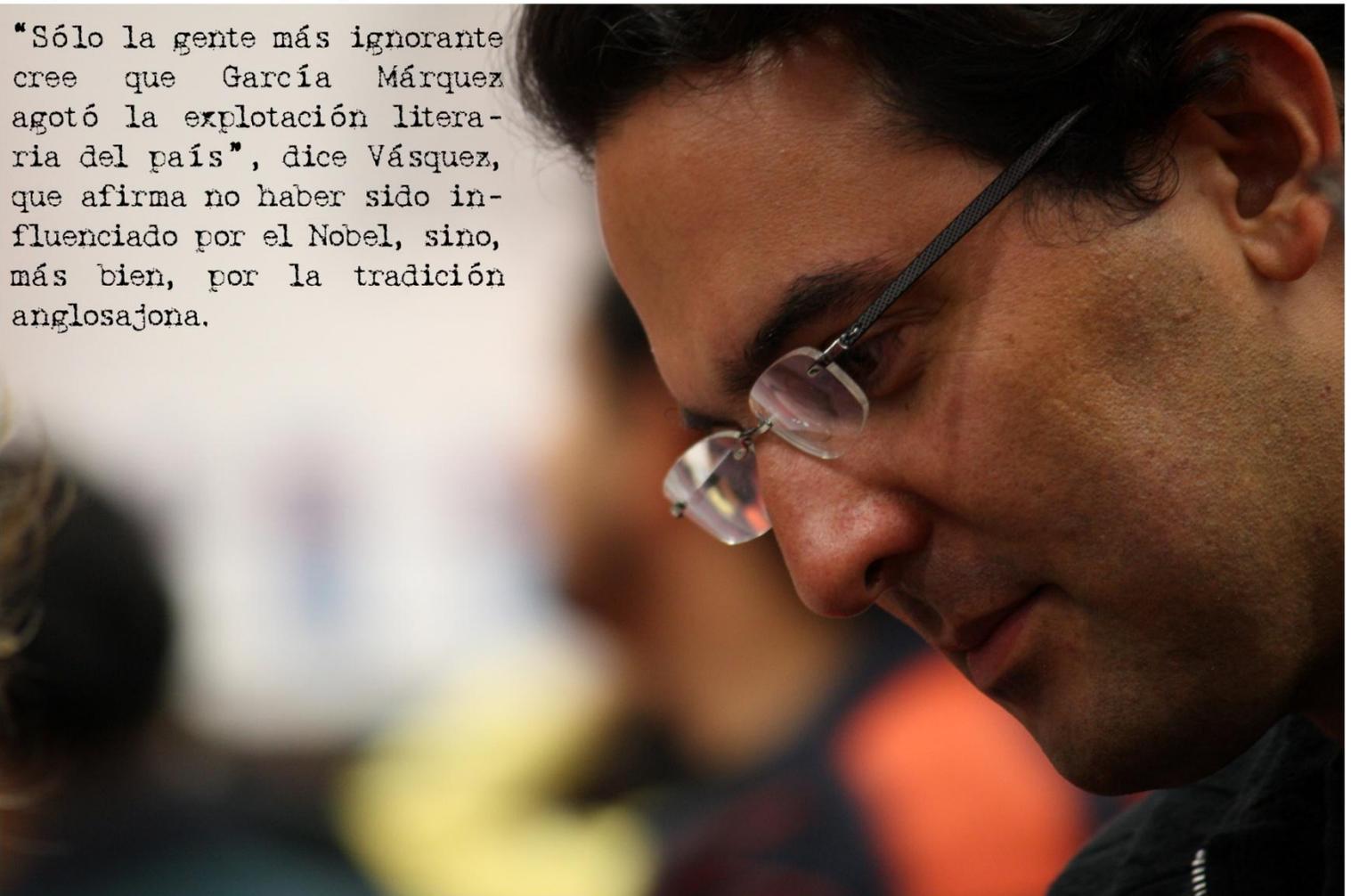
“Sólo la gente más ignorante cree que García Márquez agotó la explotación literaria del país”, dice Vásquez, que afirma no haber sido influenciado por el Nobel, sino, más bien, por la tradición anglosajona.

(consiguiendo lo que en París no pudo: escribir en una ciudad donde los grandes, como Vargas Llosa, habían escrito obras grandes, como *La guerra del fin del mundo*), Vásquez tuvo una epifanía que, dice, le cambió su forma de hacer literatura: “No entender algo es la mejor razón que uno puede tener para escribir sobre eso”. Lo que más le gusta a Vásquez de la novela como género, es que es un instrumento de inquisición, un aparato que hace preguntas. A partir de ahí nació la obsesión con Colombia y su historia (obsesión que aún no termina) y de la que salieron *Los informantes* (2004) e *Historia secreta de Costaguana* (2007).

Lo que hizo el escritor en esas novelas fue, como él mismo asegura, partir de una anécdota oscura en la historia o en la vida de una persona, o de una situación política e histórica paradójica en la que no resultaba muy claro de qué lado está el bien o de qué lado está el mal.

“Si la novela es buena, en mi experiencia uno termina con más preguntas que respuestas, y así le debe pasar al lector también. La novela es un aparato para complicar el mundo y no para simplificarlo, que es lo que le gustaría a Paulo Coelho o a tantas novelas que imitan el proceso de la autoayuda”.

Esto es, precisamente, el concepto de la escritura que él definió como ‘el arte de la distorsión’, el título de un ensayo que le mereció el premio Simón Bolívar de Periodismo y que es el nombre de su último libro, una antología de ensayos, publicados en 2009. Ese ensayo, arriesgado por decir lo menos, mira la obra de García Márquez (entre otros, como Ricardo Piglia, Salman Rushdie, o Pamuk)



no desde el realismo mágico, sino de la capacidad de distorsionar la historia para describir eventos que ocurrieron, pero desde personajes alternos, desconocidos, desde la maravilla de la ficción: la capacidad de cambiar la historia. Lo hizo García Márquez en *Cien años de soledad* con la masacre de las bananeras y lo hizo R.H. Moreno-Durán en *Mambrú* con la guerra de Corea. Y lo hizo Vásquez, desde luego, con la persecución a los alemanes en *Los Informantes* y con la pérdida de Panamá en *Historia secreta de Costaguana*.

En *Historia secreta de Costaguana*, Vásquez recrea la república de Costaguana, el lugar donde ocurre *Nostromo*, la gran obra de Joseph Conrad. Y es que, después de todo, *Historia secreta de Costaguana* puede considerarse un homenaje de Vásquez a Conrad (ese polaco que escribió en inglés), uno de sus escritores predilectos. En *Nostromo*, Costaguana es una representación de los países latinoamericanos de principio de siglo XX. Y más específicamente – cree Vásquez – es una representación de la historia colombiana: la provincia de Sulaco se separa de Costaguana con el auspicio de Estados Unidos, como Panamá.

Uno de sus autores favoritos había escrito sobre un episodio histórico de su país. Para Vásquez eso fue suficiente para motivarlo a escribir una novela. Y, después de escribir una biografía de Conrad (*El hombre de ninguna parte*) y de saber todo alrededor de *Nostromo*, Vásquez maquinó la idea para su obra, la historia secreta de cómo se creó Costaguana: José Altamirano, un colombiano le cuenta a Conrad su vida y la de su padre, y luego se da cuenta de que Conrad construye *Nostromo* con su relato pero no tiene la delicadeza de incluirlo a él en la novela.

“El encanto está en contar la otra historia de la historia, y también la historia que hubiera podido pasar. Ése es el terreno de la novela”, dice, convencido. El arte de la distorsión es – podría decirse – una nueva versión del concepto de *roman à clef*.

Por eso Vásquez reconoce en García Márquez no una influencia a su propia obra ni uno de sus modelos literarios sino, más bien, un ejemplo de un distorsionador sin igual. Vásquez, en ese sentido, propone una manera distinta de leer a García Márquez, no como el máximo exponente de un realismo mágico cuestionable, sino como el autor de novelas históricas en donde la distorsión es un arte. En *Historia secreta de Costaguana*, por cierto, parodia episodios de *Cien años de soledad* en el marco del Caribe colombiano del siglo XIX. Además de “El arte de la distorsión”, en “Malentendidos alrededor de García Márquez” Vásquez explica por qué el Nobel *no* es una influencia para los escritores colombianos sólo por ser el más grande escritor colombiano.

Vásquez no conoce, sin embargo, la opinión de García Márquez sobre sus perspectivas. Tampoco lo conoce a él.

Los ensayos de *El arte de la distorsión* no son más que las reflexiones que como novelista tiene Vásquez acerca de la novela – o el cuento – como género. No se considera ensayista, puesto que no teoriza sobre literatura. Sino que expone sus inquietudes sobre los actos de leer y escribir. Así que, como novelista, Vásquez es un buen ensayista (Mario Jurisch, director de la revista *El Malpensante*, lo llamó “el ensayista más brillante de su generación”). Algunas de esas inquietudes y reflexiones pueden verse, también, en sus columnas semanales en *El Espectador*, una tarea que le ha resultado tortuosa como ninguna (considera que defender una opinión en tan corto espacio va en contra de algo que él defiende como novelista y

ensayista: la incertidumbre) pero que disfruta todas las veces. Le ha cogido cariño por vicio, como con todo, escribiendo y mandando la columna desde donde esté sin importar qué esté haciendo.

\* \* \*

Llega su padre y son las 7:15 de la noche. Dentro de poco Vásquez debe ir al salón Tomás Carrasquilla para el conversatorio ‘El viaje’ con la escritora ecuatoriana Gabriela Alemán y el escritor bogotano Julio Paredes, moderado por el editor y profesor Conrado Zuluaga (que asegura que Vásquez es “uno de los escritores “más jóvenes y más prometedores de la actualidad”). Vásquez le entrega a su padre el libro que ha tenido debajo del brazo toda la tarde: la nueva edición de *Los informantes*, mientras le sonríe y le da un corto abrazo.

*Los informantes* es la novela que más elogios le ha merecido. El escritor peruano Alfredo Bryce Echenique dijo que “ficción y realidad se entremezclan como nunca” en la novela, que a su juicio es “perturbadora y apasionante”. Por la buena recepción que tuvo entre la crítica, fue traducida al inglés por Anne McLean (la misma que tradujo la magistral *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas) para la editorial inglesa Bloomsbury, y desde ahí fue traducida a otros idiomas y publicada en varios países de Europa. Bill Swainson, el editor, supo de Vásquez luego de la prensa que le dio Bogotá39 y porque el mismo Cercas le habló bien del escritor colombiano. En 2009 fue publicada en Estados Unidos. *Los informantes* fue catalogada por la revista *Semana* como una de las más importantes novelas de los últimos 25 años en Colombia.

La novela es la historia de Gabriel Santoro, un periodista que publica un libro sobre cómo se persiguió en Colombia a los alemanes que huyeron del régimen nazi, y al llegar a Colombia fueron perseguidos por ser alemanes. Pero después de la publicación del libro, Santoro descubre la historia secreta de su propio padre y de cómo éste influyó en la vida de la familia alemana Dresser.

Vásquez, como fanático perdido de la literatura norteamericana, dice que gracias a la lectura de la obra de Philip Roth (*La mancha humana*, *Pastoral americana*) encontró el método de cómo aproximarse a la historia colombiana: la relación entre la vida íntima de los personajes y la vida colectiva de los países. Así pudo escribir *Los informantes*.

Además de Roth y de Conrad, Vásquez es seguidor incuestionable de la obra de Salman Rushdie y V.S. Naipaul, y de prácticamente toda la tradición anglosajona. Y, como buen lector que ha sido desde siempre de la literatura anglosajona en su idioma original, Vásquez es también traductor. Tradujo *Hiroshima* de John Hersey (del cual tiene un ensayo), *Pasaje a la India* de Edward Morgan Forster y un libro de frases de Hemingway, entre otros. Y afirma que la traducción es la forma más perfecta de la lectura.

Sus artículos y ensayos son frecuentemente publicados en *El Malpensante* – Vásquez suele usar mucho, en ellos, la frase “tengo para mí” – y en otras publicaciones como *Babelia*, el suplemento cultural de *El País*, de España. Carolina López, la mujer de piercing que le entregó el ejemplar de *Los informantes* al inicio de la tarde y quien es la editora, precisamente, de esa edición de bolsillo, asegura que Vásquez es en extremo dedicado y se toma muy en serio el trabajo de la escritura. Vásquez nunca habla de sus libros antes de que sean publicados. Del que está escribiendo ahora sólo se sabe que es una novela y que no le ha sido fácil escribirla.



“El de  
Uribe es  
un gobierno tan  
caudillista como lo  
permite nuestra democracia.  
Después de Uribe, lo siguiente  
es Chávez”.

Alguna vez Vásquez dijo que la escritura es el único oficio donde no se aprende nada a medida que se avanza, porque cada nuevo libro es más difícil que el anterior e incluso puede ser imposible de escribir. “Un oficio cruel”, dijo.

Poco después de las 7:30 Vásquez está en el salón Tomás Carrasquilla para hablar, una vez más, de libros. Se sienta en la mesa ante un vaso de agua y un pequeño auditorio de escritores y lectores. Ha sido un día de firmas, de entrevistas y de libros. Y, al ser interrogado por Zuluaga por el tema de los viajes en la literatura, toma el micrófono y empieza, como lo hace con sus ensayos y columnas, como lo hace en entrevistas y conferencias (como la que dictó en la Biblioteca Nacional en 2005 con el atrevido ensayo “Lecturas anglosajonas del Quijote”), con ese tono serio y particularmente personal:

*“Los viajes literarios que más me han interesado como lector, suelen ser los viajes que no han sido deliberados, que han sido de alguna manera accidentales. Estaba pensando eso cuando estaban mencionando a Magris, porque para mí Magris por más deliberado que parezca su viaje por todo el Danubio para contar la historia cultural de un continente, no es un viaje a la vieja usanza...”*

Es ahí, entonces –cuando se escucha a Vásquez o cuando se lee a Vásquez-, que se debe saber qué hay detrás de ese personaje llamado por algunos a ser (quizá de forma apresurada) el siguiente mejor escritor colombiano. Y es que tal vez, por mirar tanto al Vásquez novelista, al Vásquez cuentista, el Vásquez ensayista o al Vásquez columnista, se le puede olvidar a algún incauto la historia secreta de Juan Gabriel Vásquez, y lo que él es por encima de todo:

Un lector. ■





Ricardo  
Silva

en tres actos

**El escritor más joven de los colombianos de Bogotá<sup>39</sup> puede ser también el más obsesivo. Es quien más libros ha publicado y no por ello ha dejado de ser crítico de cine y columnista. Su vida y su obra parecen enseñar que a veces es importante no tomarse la vida tan en serio.**

En la entrada del edificio donde vive Ricardo Silva Romero, el escritor, abre la puerta un amable portero de poca estatura y voz grave. Voz de locutor radial, podría decirse; una voz penetrante y contundente. En la segunda planta está el apartamento del escritor, un cómodo y espacioso lugar habitado por miles de películas, libros y algunos discos. Y por el escritor, claro. A la derecha de la puerta, en el pasillo hacia la sala: un estante de libros, detalladamente organizado, con literatura universal. *El libro negro* de Pamuk, un libro rojo, se destaca entre los demás. A la izquierda de la puerta, en el pasillo hacia los cuartos, otro estante de libros. En el primer cuarto, un amplio espacio de estudio con un escritorio café grande, hay a la derecha un estante de libros con un centenar sobre cine: *Woody Allen* de Richard Shickel, *Fellini* de Hollis Alpert, *Woody Allen* de Eric Lax, *1001 Películas*, *El libro juego del cine*, *Todos los Oscar*, *Woody Allen at Work...* Más abajo, una docena de libros de The Beatles y otra más de Paul Simon. Tiene muñecos de Star Wars, un cuadro en relieve de *El padrino* y un póster del concierto de 1999 de Bob Dylan y Paul Simon. En la pared opuesta, un estante con la discografía completa de Paul Simon sobre una organeta que parece nunca haber sido tocada.

Así vive Silva, como un coleccionista. Es bogotano, tiene 34 años, puede pasarse todo un día escribiendo o viendo películas (su favorita: *Rear Window* de Hitchcock), disfruta a Tarantino en un nivel intelectual, le parece que *Titanic* es una excelente producción, le encanta *Family Guy*, cree que Mockus es el mejor candidato presidencial y quiere escribir y dirigir una obra de teatro.

### Acto 1: *Autogol*

Silva no se ve distinto a la gente común. Esto se debe a que, según sus mismas palabras, no lo es. Y no lo parece, por supuesto. Es bajo, de gafas, calvo, usa jeans y toma Coca-Cola como todo el mundo. Por eso su paso por la multitudinaria Feria del Libro de Bogotá de 2009 puede pasar inadvertido salvo –quizá– para aquellos que lo veían cada mes en la revista Soho en la foto de su columna con un brazo cruzado, mirando a la cámara como con temor; o para los que definen su ida a cine por la crítica sagrada en *Semana* y lo alcanzan a ver en una foto diminuta. Ahora también puede ser visto, serio como siempre en las fotos y calvo como nunca antes, en la foto de su columna en *El Tiempo*.

Pero para quienes lo han leído en cualquiera de esas publicaciones o en sus libros, saben que Ricardo Silva Romero no es como todo el mundo ni es el tipo decididamente serio que parece en las fotos. De eso se dieron cuenta los pocos asistentes al conversatorio sobre literatura y deportes al que estuvo invitado Silva junto al cronista Alberto Salcedo Ramos y la escritora ecuatoriana Gabriela Alemán.

“Mi personaje es uno de esos narradores deportivos que uno ha oído toda la vida que son como unos poetas malos –dice en el conversatorio, hablando de *Autogol*, su más reciente novela–, que hacen versos cojos con un ingenio y una sabiduría que no alcanza a ser sabiduría, en la medida que una frase sabia es *Los partidos no se terminan hasta que se terminan*. O la máxima de William Vinasco: *La bola va rodando y el tiempo va pasando*, que es toda una filosofía de vida”.

Y el público ríe.

No es difícil reír porque Silva cuenta todo sin mucha pretensión, como si estuviera hablando con un viejo amigo. Así, entre risas, explica que el fútbol fue su pasión de niño, que jugó de delantero hasta que “todos se volvieron más altos” y que en la universidad nunca pudo hacer un equipo porque “todos andaban enmarihuanaados”. Por eso, en vez de pasar vergüenzas corriendo detrás de un balón, decidió describir el mundo que hay detrás del balón –ese mundo oscuro, corrupto y pintoresco del fútbol colombiano– en *Autogol*, un libro que escribió con la colaboración de amigos y desconocidos (“*Autogol* es una invención colectiva”, dice).

Como es hincha de Millonarios desde chiquito y nació en Colombia, sufre y se ilusiona con pasión, como todos, con las vergonzosas participaciones de la Selección y con los descabros del equipo bogotano. Pero no fue lo mismo desde 1994 –cuenta en otro conversatorio, esta vez titulado “Literatura y fútbol”, mientras sirve Coca-Cola en un vaso– cuando Millonarios dejó de ser el equipo ganador, cuando Colombia salió humillada en el mundial y cuando Andrés Escobar fue absurdamente asesinado. A Silva le quedó un dejo triste, la sensación de que nada estaba bien, sentía indignación. Ese fue el punto de partida de la historia de Pepe Calderón Tovar, el comentarista deportivo gordo y opita que planea asesinar al defensa antioqueño que se le ocurrió hacer un autogol. Porque el autogol fue la causa, después de una suma desgracias a la mejor manera del Cándido de Voltaire, de lo peor que le podía pasar a Tovar: perder la voz.

Fue así como Silva emprendió un viaje, una investigación nada menos que profunda al mejor estilo periodístico de *All the President's Men*, para comprender muy bien el mundo del fútbol. El personaje: un gordito rechazado cuyo único consuelo es comentar fútbol. De ahí el escritor se valió de testimonios y aportes de otros para hacer el resto. De Alfredo “el comandante” Castro (célebre comentarista deportivo), Silva hizo a Pepe tener fascinación por la radio. Julio Nieto Bernal le explicó que los comentaristas de la época narraban todos los deportes, en especial el ciclismo. Carolina Jaramillo Seligmann (autora de *Fútbol en Colombia*) le dio una lista de futbolistas y periodistas especialistas en fútbol. El periodista Fernando Araujo Vélez (autor de *Pena máxima*) le recomendó que Pepe tuviera muchos agujeros. A Adolfo ‘el Tren’ Valencia, lo intentó contactar, pero le envió equivocadamente mensajes de texto que terminaban en “muchos besos”. El último paso fue el envío de un mail colectivo a amigos para que jugaran a que Pepe Calderón Tovar fuera un personaje real, conocido, y respondieran una serie de preguntas acerca de él.

“Todos reaccionaron como si lo conocieran, inmediatamente, porque la gente es muy mentirosa”, bromea el escritor. Por ejemplo Eduardo Arias, columnista de Soho, respondió que vio a Pepe borracho en un coctel robando comida.

Silva quería hacer a Pepe honesto, pero si un subalterno de Don Vito Corleone no podía ser honesto, tampoco lo podía ser un comentarista en el fútbol colombiano. Por eso Juan Manuel Ruiz, periodista radial, le propuso que Pepe recibiera cheques de negocios ilícitos, pero no los cobrara. Ruiz ayudó a Silva sin pensarlo dos veces. “Me llamó mucho la atención el método novedoso de trabajo que proponía; me pareció apasionante”, dice, sin más, el aplicado subdirector de Radiocuesos RCN que en sus ratos libres resulta ser novelista. Ruiz, lector juicioso de la obra de Silva, pensó lo de los cheques sin

“El resultado de la investigación de *Autogol* fue horrible. El mundo del fútbol es muy feo. Los comentaristas de fútbol que son corruptos, casi todos logran sentirse decentes. Es tan borroso el estado de las éticas colombianas que hay maneras de sentirse honesto incluso cuando uno ha mandado a matar”.



cobrar a partir de experiencias reales de locutores y periodistas deportivos que, él sabe, tuvieron contacto con personas *non sanctas*. “Eso los llevó a situaciones delicadas –dice– que tuvieron que solucionar así, simplemente, sin cambiar los cheques que delinquentes les giraban”.

Finalmente Luis Fernando Afanador (poeta, periodista y crítico literario), amigo de Silva, organizó un encuentro con Carlos González Puche (ex futbolista y presidente de la Asociación de Futbolistas Profesionales) que concluyó la larga investigación cuyo resultado es *Autogol*.

“Los testimonios fueron fundamentales. Yo sí tenía mi trama muy clara, pero todos me dieron claves para que Pepe fuera un comentarista verosímil”, confiesa el autor. Uno de los aportes más importantes, por ejemplo, fue la entrevista que Silva le hizo en Barranquilla a Carlos ‘el Pibe’ Valderrama toda una mañana, muerto del calor, haciendo una reportaje para *Rolling Stone*. Todos los datos futbolísticos fueron debidamente revisados por Federico Arango Cammaert, ese singular personaje que junto a Nicolás Samper (ambos autores de *Bestiario del balón*, blog y libro de datos raros de fútbol) son la enciclopedia humana del fútbol colombiano.

Al final de la extensiva investigación, Silva tenía un libro que, más que ser una versión novelada de uno de los asesinatos más famosos del país, era la descripción de las moralidades torcidas que operan no sólo en el fútbol, sino en toda Colombia. “Esta novela es la catarsis de una tragedia colombiana”, aseguró Afanador. Y es que lo fundamental de *Autogol* es que no importa quién mató a Escobar sino que, como dijo Federico Arango, “lo pudo haber hecho cualquiera

de nosotros”.

Con *Autogol* Silva pudo hacer, a partir de un hecho, una radiografía de la moralidad colombiana. Un logro literario que muchos críticos le han elogiado.

Dos días después de publicado el libro, representantes de Fox Telecolombia contactaron a Silva para ofrecerle hacer una serie basada en *Autogol*. Y eso que Silva no es Gustavo Bolívar ni su libro *Sin tetas no hay paraíso*. Silva aceptó y hoy el proyecto está en etapa de preproducción (con el autor construyendo el libreto) para ser grabado en los próximos meses.

Esta primicia aún no la comenta Silva en su página web [ricardosilvaromero.com](http://ricardosilvaromero.com), un laberíntico sitio de Internet que está a medio camino entre un blog de escritor y una propuesta editorial y que empezó como una mamadera de gallo entre amigos y poco a poco se convierte en una publicación. La página propone un juego creativo para descubrir, en medio de verdades y ficciones, la obra del escritor y todo lo que se ha publicado sobre ella. Pero, ¿quién es este escritor? ¿Quién es, realmente, Ricardo Silva Romero?

## Acto 2: Los golpes de suerte

En *Relato de Navidad en La Gran Vía*, su primera novela publicada, “Ricardo Silva” es el editor del manuscrito que el personaje Pablo Uribe deja en su apartamento. El supuesto autor de *El hombre de los mil nombres/biografía autorizada del difunto Lester Brown* es “Tomás Obregón”. El periodista que le ayuda a escribir *Autogol* a Pepe Calderón Tovar es un tal “Leopoldo Mendoza Aragón”, que

aparece como coautor de la obra y editor de *Fuera de lugar*, el libro anexo a *Autogol*.

Esos varios autores existen, pero sólo en la compleja mente creativa de Silva. No es que Ricardo Silva sea esquizofrénico; al menos no lo parece. Su obra, no obstante, está llena de esos juegos creativos donde el lector está en contacto con mundos paralelos, vidas alternas (como la del protagonista de *Tic*, segunda novela, que amanece convertido en otra persona) y todo el tiempo se está preguntando qué es ficción y qué es real (¿vivió Lester Brown? ¿Hubo un comentarista que quiso asesinar a Andrés Escobar?).

La realidad de Silva es una: vive de escribir, es buen conversador, de voz calmada. Vive solo. Su tesis de grado de literatura es sobre Paul Auster, a quien considera un escritor ejemplar. Escribe todas las semanas sobre algunas de las muchas películas que ve. Le gustan los cómics. Escribió un libro para niños. Fue profesor de literatura. Tuvo una esposa. Vivió en Boston y en Barcelona. Estudió literatura e hizo una maestría en cine. Es *gimansiano*.

Habría que empezar por ahí. Ser *gimansiano* significa haber estudiado en el Gimnasio Moderno de Bogotá, el colegio más tradicional de la capital. El colegio de grandes plumas como Klim, Antonio Caballero y Daniel Samper Pizano. Por eso en el Moderno, dice Silva, pudo desarrollar la pasión de escribir. Tuvo claro desde muy pequeño que le interesaban las historias, que le gustaba inventarse cosas. Y en el colegio tuvo su primer golpe de suerte: haber sido alumno de Pompilio Iriarte Cadena (poeta colombiano que firma bajo el nombre de Ángel Marcel). Iriarte fue un profesor fantástico. Iriarte leía lo que Silva escribía. Iriarte leyó y cuidó los textos de Silva y le enseñó a escribir por medio de una amistad que se mantiene hasta hoy.

Pronto supo que escribir era lo mismo que hacía cuando jugaba con muñecos en la sala de su casa, sólo que ahora estaba sentado en vez de estar arrodillado y ahora jugaba con letras. Y pudo, entre otras cosas, plasmar lo que toda la vida había perseguido: estar en mundos paralelos, vivir una vida en la que no se sentía incómodo. Por eso Ricardo, ese niño pequeño e introvertido, siempre fue un amante de todo aquello que podía distanciarlo de la extraña realidad cotidiana. Le encantaba la televisión, cada vez que podía alquilaba películas y los cómics eran su obsesión. Y con los videojuegos, ni hablar: podía pasar el día entero jugando *Pelé Soccer* en Atari.

En la adolescencia, sin dejar de sentirse raro en el mundo, el escape que encontró fueron los libros. En los libros todo el mundo era raro, como él, gente que no encaja, que no se quiere dejar del mundo. Su hermano supo recomendarle los adecuados: *Sobre héroes y tumbas*, *Retrato del artista adolescente* y los libros de Kafka y Kundera (la moda de la época). Su padre, amante de Lewis Carol, le dio *Alicia en el país de las maravillas* y Silva de inmediato comprendió la experiencia de estar en ese mundo lleno de cosas raras ajeno al mundo real.

“Con esos libros creo que me enganché por donde era”.

Luego vino El Aguilucho, la revista que fundó Eduardo Caballero Calderón en 1927 y que fue dirigida por los Caballero, por Rodrigo Pardo y por Samper Pizano. Silva fue subdirector en 1992 cuando Daniel Samper Ospina fue director, y en el 93 Silva asumió la dirección. Además de Samper, dos grandes amigos quedaron del equipo de trabajo de El Aguilucho: Germán Pardo García-Peña y Julián Saad. De su experiencia en El Aguilucho, dice Silva, aprendió cómo

escribir para un público y qué es un cierre de una revista, lo que le sirvió, desde luego, para trabajar en las muchas que ha colaborado.

Entró a estudiar literatura –detrás de Samper Ospina- queriendo estudiar cine, no sin cierta reserva en su casa, claro, por la escogencia de esa carrera. Es natural, después de todo: su madre y su hermano, abogados, pensaban que la vida se lo iba a comer vivo. Él quería conocer la historia de la literatura pero quería, sobre todo, dirigir películas. Sin embargo, no fue una decisión ominosa: la literatura, más que el sustituto del cine, encarna el carácter extraño y solitario de Silva. No paró de escribir.

Para cuando estaba terminando la carrera, Silva había compilado, corregido y organizado dos libros: *Cuentos en blanco y negro* y *Sobre la tela de una araña*. Listos e impresos, los dejó sobre su escritorio. Su padre, profesor de física de la Escuela de Ingeniería, cogió *Sobre la tela de una araña* y se lo entregó, sin decírselo a su hijo, a María del Rosario Acosta, la hija de una profesora colega. María del Rosario Acosta fue otro golpe de suerte: era la lectora de manuscritos de Arango Editores.

María del Rosario llamó a Silva y le dijo que quería incluir el libro dentro de la colección de nuevos escritores colombianos. El escritor, sorprendido, aceptó. Esa semana conoció a María del Rosario, fueron juntos a la editorial y empezaron la edición. Y esa semana María del Rosario se fue a vivir a Viena durante un año. Pero como María del Rosario fue un golpe de suerte en su vida, Silva mantuvo una intensa relación epistolar con ella y cuando volvió, la recibió en



calidad de novio.

Tres meses después, se casaron. Como en las películas.

Diploma en mano y esposa al lado, Silva cogió un avión y se fue durante un año a Barcelona a hacer una maestría en cine. Allí conoció, en otro afortunado golpe de suerte, a la novelista Maite Carranza. Ella fue su tutora ese año y, así como a Pompilio Iriarte, le interesó lo que Silva escribía. A punta de largas conversaciones con Maite, Silva dice haber aprendido a construir personajes pensando en los lectores.

Cuando volvió a Bogotá, regresó a La Gran Vía. La Gran Vía es un edificio grande, imponente, ubicado sobre la calle 100 debajo de la carrera Séptima, donde Silva vivió toda su infancia, viendo a su madre trabajar en importantes casos jurídicos mientras él veía películas. Es, a su vez, el escenario de la primera novela: *Relato de Navidad en La Gran Vía* (2001). Al edificio volvió de forma apresurada de Barcelona, junto con María del Rosario, para cuidar la enfermedad de su padre y acompañar a su madre, pero ya no en el habitual apartamento 602 de toda la vida sino en el 1004.

Por otro golpe de suerte, la revista *Semana* buscaba un nuevo crítico de cine en 2000 y abrió una convocatoria en la que varios aspirantes mandaron sus reseñas durante algunos meses hasta que escogieron, por fin, al protagonista de estos actos. Juan Manuel Pombo, el crítico despedido, siempre creyó que Silva le había quitado el puesto, y por eso le tiene rabia, dice Silva. Nunca se enteró, quizá, del arduo proceso de convocatoria por el que Silva pasó. El puesto es una fortuna: le pagan por ir a cine, su plan favorito. Ahora, diez años después de que empezó, Silva ve próximo el fin de su reseña de cine en *Semana*. El siguiente paso es, tal vez, escribir guiones.

La fortuna de ser el crítico de cine de la revista más importante del país lo conectó con dos publicaciones: *SoHo* y *Gatopardo*. En *SoHo* empezó como colaborador y crítico de cine -con el seudónimo Alejandro Romero- bajo la dirección de Pablo Jacobsen, otro gimnasiaño que había pasado por El Aguilucho. Al salir Fernando Quiroz de la columna de la última página, en 2001, Silva la tomó. Poco después Jacobsen salió de la dirección y Silva pensó que eso significaba su salida. Pero el nuevo director era Daniel Samper Ospina.

“A Daniel le habían ofrecido antes ser director de *SoHo* y había dicho que no, porque habíamos ido caminar los dos y yo le había dicho: ‘Usted qué se va a ir a esa revista, ¿eso es de viejas en pelota! ¿Es una güevonada! ¿Cómo va a aceptar eso, nosotros que escribimos y somos profesores de literatura? Eso es una revista para pen-dejos que quieren relojes y carros’. Un año después él lo pensó, lo convencieron y la volvió una revista muy bien jalada, mejor revista que *Gatopardo*”, dice, riéndose.

Samper volvió a *SoHo*, efectivamente, la revista que él quería. Y a Silva le pareció fantástico. Tanto, que fue columnista ocho años. Sólo salió cuando entendió, con honesta prevención, que era mejor terminar con la columna antes que en la revista le dieran un adiós amargo a un viejo amigo. “Tuve una intuición: no quiero que pase en *SoHo* que en algún momento quieran renovar y a mis amigos les toque decirme que la columna ya está pasada”, confiesa. Aceptó la propuesta de hacer columna cada dos semanas en *El Tiempo*, lo que le permite abordar aquello que en una columna mensual no podía. “Yo cambié. A mí me empezó a preocupar tener un espacio y no estar diciendo cosas que me parecían del país, por ejemplo. En una

columna mensual no puedo ser coyuntural”. Ahora puede decir más frecuentemente lo que piensa.

Los otros dos mosqueteros de El Aguilucho, Julián Saad y Germán Pardo García-Peña, estuvieron desde el principio acompañando la obra de Silva. Julián hoy es el coordinador de *ricardosilvaromero.com*. Y Germán... Germán es el hermano de Silva. Fue un hijo más para la pareja Silva Romero. Estuvo desde siempre en La Gran Vía. Acompañó a Silva y a su madre a celebrar el día que a Silva le otorgaron el Premio de Poesía del Instituto de Cultura y Turismo de Bogotá en 1999, por el poema *Réquiem*. Es el creador de ese experimento extraño y divertido que es *ricardosilvaromero.com* y el fundador de *ochoymedio.info*, la página de cine en la que todos (Afanador, Saad, Silva) son colaboradores. “Germán es la persona con la que yo he tenido mayor conexión en la vida, la relación en la que he recibido lo mismo que doy”, afirma Silva, sonriendo. Pero un mal día, en Honda, Germán se murió.

Hoy, seis años después, a Silva se le aguan los ojos cuando lo recuerda. Murió por un ataque asmático. “No era una posibilidad”, dice, melancólico. Fue un golpe desafortunado.

Por ese entonces, 2003, escribió *Incómodo en el mundo* (2004), un perfil de Woody Allen para Panamericana, que le permitió estar ocupado y así afrontar el duelo. Es posible pensar que “incómodo en el mundo” no estuviera sólo Woody Allen. El título, para efectos prácticos, describe lo que siempre sintió Silva cuando no estaba leyendo, o viendo películas, cuando no estaba escribiendo. Aún más incómodo en un mundo en donde no estaba su amigo de toda la vida.

“Me dio lástima que Germán no conociera ese libro. A él le gustaba mucho Woody Allen”.

Silva publicó *Tic* (2003) en Seix Barral, de Planeta, después de una oferta muy jugosa de esa editorial por tres novelas. Su novela fue publicada y bien aceptada en España, lo que le permitió una visibilidad importante. Pero el éxito, dice Silva, no es lo primordial en su oficio de escritor. Prefiere pensar y escribir su siguiente proyecto a estar promocionando los libros. No obstante con el tiempo ha entendido que la promoción es importante: “Eso sí, mi dignidad me la salva no ir a *Mujeres en línea* a cocinar”. Aunque desde 2001 ha tenido una agente literaria (Antonia Kerrigan) que cumple esas funciones, Silva siempre ha tenido cierto recelo con venderse como si fuera un cantante.

“Sí, a mí me gusta que la gente me lea, que me reconozcan, me encantaría ganar más plata, pero también digo, *juepucha*, si todo es así en la vida, ¿entonces todos tenemos que vivir ‘creciendo’ y ‘alcanzando nuestros sueños’ como los que se meten al Factor X?”.

Por eso tuvo problemas para que su libro *El hombre de los mil nombres* (2006) se vendiera. Quiso promocionar la novela como una biografía, real, de un productor de cine, real. Pero Lester Brown era sólo una invención más de un cinéfilo. El juego realidad/ficción esta vez no sirvió. A pocos les interesó leer la biografía de un productor que nadie conocía. “Le debimos haber dicho a la gente que era una novela policíaca, léala. Pero fue divertido porque la gente en los medios decía ‘qué maravilla que por fin alguien escribió sobre Lester Brown’. Y una directora de una revista incluso me dijo que tenía todas las películas de él. Eso fue chévere”. Alguien creó a



Lester Brown en Wikipedia y por un tiempo muchos pensaron que había existido y que había sido asesinado en Los Ángeles, tal como lo cuenta el libro.

Después de siete años de matrimonio, después de que María del Rosario se fue con él a Barcelona y él con ella a Boston para su doctorado, Silva se encontraba solo en Bogotá, buscando nuevo apartamento y viendo cómo su esposa, desde Boston, dejaba de ser su esposa. El duelo lo pudo afrontar con un nuevo golpe de suerte: Cristina Puerta, editora de literatura infantil en Norma, le propuso escribir un libro para niños. Aunque reacio, se dejó convencer de Puerta. *En orden de estatura* (2007), la historia de un niño que intenta recuperar los objetos de su abuela fallecida, fue su salvación.

Según la psiquiatra de Silva, Leopoldo —el protagonista del libro— tiene siete años porque siete años duró el matrimonio del autor. Y Julia, la niña que le ayuda a Leopoldo a recobrar las cosas de su abuela, bien podría ser la representación de Cristina Puerta, una persona salvadora en un momento de duelo. Todo eso, por supuesto, no le importa a los miles de niños que han leído el libro y que lo siguen leyendo.

Es su libro más vendido hasta ahora.

Así, de repente, como el éxito de *En orden de estatura*, apareció Carolina López en Alfaguara para editar *Autogol* (2009). Otro golpe de suerte. López fue una editora obsesiva, sumamente cuidadosa (“Carolina es mucho más obsesiva que yo. Si ella dice que yo soy obsesivo, ella es una enferma mental”), que le ayudó mucho para ese último proyecto y lo recibió de vuelta con los brazos abiertos en la editorial donde había empezado. La vuelta fue tan grata, dice

Silva, que hasta le dieron vía libre para hacer otro libro adicional, *Fuera de lugar*, un cuadernillo que viene dentro de *Autogol*.

Como si no tuviera suficientes golpes de suerte, uno de los primeros lectores de *Autogol* fue el presidente de Fox Telecolombia. De inmediato llamó a Silva y le propuso hacer una serie de 60 capítulos basada en la novela. Ahora el autor está definiendo el argumento para la redacción del libreto acompañado de Andrés Burgos (el escritor y guionista paisa, autor de *Manual de pelea* (2004) y libretista de la serie *Aquí no hay quién viva*) y de Federico Arango.

Hoy Ricardo Silva Romero sólo necesita preocuparse por el próximo libro, cualquiera de los muchos que tiene en la cabeza. Después de once años de su primer libro, puede decirse que Silva tiene una carrera. Sabe, sin modestia, que el próximo libro, el que sea, que lo desvela en la noche y lo obsesiona en el día, será recibido por la editorial con que trabaja y será publicado. Las ventas y los reconocimientos están de más. Vive de lo que escribe. Puede hacerlo.

“Es un paso: de haber tenido golpes de suerte para poder estar ahí, a estar ahí, a que ya no se necesiten más golpes de suerte”.

### Acto 3: Ricardo, en serio

Desde que empezó su columna en El Tiempo ha podido, por decirlo así, ser más serio de lo que suele ser. En la medida de lo posible, por supuesto, porque el humor y la ironía que sus amigos elogian y sus lectores disfrutan es el hilo con que se tejen sus columnas. “¿Cómo no opinar —explica— cuando hay cosas que necesitan ser dichas?”. Y las dice, desde luego.

Por eso, sin ínfulas de historiador o político, reconoce en el gobierno actual un resultado. Un resultado –así lo ha hecho saber- nada conveniente.

“Uribe es el resultado de cincuenta años de una misma actitud frente al país, la de no querer construir una comunidad. Hay tres ideas posibles de soberanía: el soberano que es un rey, el soberano que es el pueblo (igual de peligroso, porque es la soberanía manipulable de las mayorías). Ése es el soberano que hemos tenido, un soberano desmoralizado, manipulado e falsamente ilusionado –con Uribe-. Pero Uribe es un tipo mucho más corrupto, mucho más peligroso, producto de tantos años de manipulación”.

¿Y cuál es el modelo ideal de soberanía para Silva?

“La soberanía de la nación. Cuando la soberanía se le entrega a la nación y no al pueblo, incluye y respeta a todos los que piensan diferentes”, dice, muy serio. Una seriedad que corresponde al juicio exclusivo de un escritor aplicado, de un comentarista que sólo puede formar el humor que lo caracteriza con el criterio y la perseverancia que los lectores han sabido reconocer.

La perseverancia es el resultado de su pasión por escribir. Es un escritor compulsivo. Ricardo Silva Romero se levanta a las 8 y media de la mañana –7, si está muy obsesionado con lo que escribe-, se baña, se viste y de inmediato se sienta a escribir, casi siempre con una Coca-Cola a la mano. Lo hace ansioso, casi eufórico de continuar la frase que dejó pendiente en la madrugada. Como es obsesivo, durante el sueño no deja de pensar en lo que está escribiendo, por poco no aguanta las ganas de levantarse de nuevo a escribir. Escribe hasta cansarse, hasta que el cuerpo, a las 2 y media de la mañana, le pide una pausa para dormir.

Tiene decenas de ideas para decenas de libros, que se le atraviesan en la mente como tráfico bogotano. Le suele costar cuál elegir, pero rescata la del tumulto aquella que parece ser la que más necesita para lo que le está pasando en la vida. Ésa es la que arranca.

“Ricardo es prolífico a morir. Tiene como siete proyectos al tiempo, muchas ideas, y a mí me toca pararlo un poco. Tiene un ritmo aceleradísimo, pero unas ideas base geniales”, dice Carolina López, su editora, la ‘enferma mental’.

Sus amigos cercanos son conscientes del proceso productivo por el cual Silva, el obsesivo, construye sus obras. Muchos fueron participantes (coautores, diría Silva) de la creación de *Autogol*, la novela en la que el escritor por primera vez investigó por fuera, con ayuda de muchos y la aprobación de todos. Así se dieron cuenta, si no lo sabían ya, del grado de juicio y dedicación que le pone a cada frase, a cada punto.

“Ricardo a ratos se comporta como un pintor puntillista. Obvio, en un sentido figurado”, dice Eduardo Arias, el columnista y amigo al que Silva le perdona, a ratos, ser hinchable irredimible de Santa Fe.

Puntillista o no, Silva se ha destacado siempre por una particular capacidad de observación acompañada de una reflexión propia de aquellos a los que las cosas insignificantes, cotidianas, les parecen extraordinarias. Y eso le sirve para lograr plasmar en el papel, dicen, su particular humor sutil. Quizá porque no ha dejado de ser un niño. Quizá porque le siguen gustando las mismas películas, los mismos programas, los mismos cómics y los mismos libros que cuando

tenía seis años y jugaba con juguetes de plástico en la sala de su apartamento en La Gran Vía. Quizá porque, como él mismo lo dice, escribir para él es un juego.

Quizá.

“Me encanta el humor de Ricardo. Creo que el humor de Ricardo representa la línea de muchos de los nuevos escritores latinoamericanos”, dice Gabriela Alemán, la espigada escritora ecuatoriana que, como Silva, interrumpió su carrera deportiva por el deseo inequívoco de escribir. Claro, de no haber sido por una lesión, Gabriela Alemán sería la capitana de la selección de baloncesto de Ecuador. Silva, de otro lado, digamos que como futbolista es muy buen humorista.

“Su humor demoledor tiene una doble elegancia: siempre es corrosivo e inteligente, y nunca es dicho a los gritos. Siempre en voz baja, con discreción”, lo dice otro humorista empedernido: Daniel Samper Ospina, el amigo de siempre y director de SoHo. “Como autor me parece que cuenta con una gran ventaja sobre todos los demás, y es que no se toma tan en serio, ni cree que su obra sea un legado. Escribe por escribir, no por cambiar el mundo”. Claro, pero como no se lo propone, precisamente lo logra; para muchos lectores Silva logra cambiarles la forma de ver el mundo.

Por eso, si un lector encuentra –bien sea en un periódico, bien en un libro- alguna página de Silva, sabrá que en algún momento una de sus reflexiones sobre lo intrascendente lo hará, al menos, sonreír, cuando no reír de forma sonora.

Siempre, desde pequeño, Silva supo que tomarse muy en serio las cosas no parecía algo que quisiera hacer. Por eso prefiere el Guasón de Jack Nicholson que el de Heth Ledger. “Entre más serio sea algo, más posibilidades tiene uno de crear chistes involuntarios, como pasa en una misa”.

Y esa es la actitud que tiene frente a la vida: decidió ser chistoso a propósito y disfrutar del humor para no sufrir por las tragedias. Decidió, sin más, relativizar las cosas: “Yo no soy tan importante, uno no es protagonista de la película. Yo soy un personaje secundario, eso es lo que hay que descubrir. En esa medida uno empieza a verse como el espectador de todo, y es gracioso. La vida es, más que todo, graciosa, no tiene mucho sentido”.

Con sólo 34 años pero con una decena de reconocidas publicaciones, además de dos columnas y una crítica de cine en los principales medios del país, Silva ha logrado consolidarse como uno de los mejores escritores colombianos. Lo ha logrado siendo un espectador, suspicaz, de una obra cuyos actos sabe que algún día van a acabar.

“La vida –dice- es una comedia atravesada de tragedias, una comedia que se acaba después de todo”.

Por eso siempre se encontrará feliz en una sala de cine, lejos de lo que todos dicen que es trascendente, riendo. Porque es ahí donde no se sentirá más, como Woody Allen, incómodo en el mundo.

Fin. ■





El perfeccionista



*Antonio García Ángel es conocido por haber trabajado con Mario Vargas Llosa gracias a una beca de Rolex. Pero lo que pocos conocen de este divertido columnista de SoHo, observador agudo y humorista ácido sin igual, es que es un escritor perfeccionista que puede pasar meses en bibliotecas sólo por el significado de una palabra y que lee y escribe sobre lo que se le atraviese, desde nubes hasta restaurantes.*

“Osorio lo miró a los ojos, tomó el vaso de whiskey que estaba frente a él, sonrió, sorbió mocos, condensó un gargajo en la boca, escupió dentro del vaso y volvió a ponerlo en la mesa”.

**R**icardo Osorio. Un tipo al que el resto del mundo le importa poco, un mediocre que con desvergonzada indiferencia se burla de los demás, un cínico que hace lo que le da la gana y que lo único que le importa es escapar del tedio de su vida pasando por encima de los demás. Un cabrón. Un cabrón al que uno, el lector, quiere que todo le salga bien.

“Es entre un *hijueputa* y un pobre diablo”, dice Antonio García.

Osorio es, para efectos prácticos, el protagonista de *Recursos humanos* (2006), la novela que García escribió bajo la tutoría de Mario Vargas Llosa. Pero eso todo el mundo lo sabe. Lo que no saben es que Osorio es una aparición afortunada, un personaje secundario que fue cobrando fuerza a punta de vulgaridades y escupitajos.

“Osorio es un incapaz y un pusilánime en todo sentido”, dice, casi con desprecio real, una de las voces más autorizadas de la obra de García: Mariana Jaramillo, psicóloga y magister en literatura hispanoamericana.

Pero Osorio, además de malvado, es un sufrido. “Está metido en una situación de mierda”, dice García, riéndose. De mierda es poco. Osorio odia su hogar, no quiere a su esposa, no siente real afecto por su hijo recién nacido, no hace su trabajo, quiere largarse del país y persigue a un personaje misterioso que lo atormenta. Su único alivio es Ángela, su amante; el problema es que Ángela es la mejor amiga de su esposa.

“A mí me pareció muy bacano hacer un personaje repelente, que hiciera cosas jartas. El reto era que tuviera unas cosas muy repulsivas pero que a pesar de esas cosas vos le hicieras barra. Porque la mayoría de personajes de novela tienen un sesgo que a veces es como ético. Son unos personajes íntegros. Y es chévere tener un personaje que no lo sea, que sea defectuoso, con unas características antipáticas”.

Este personaje, que detesta su vida y quiere cambiarla a como dé lugar, que es capaz de cagarse en un cajón del escritorio de uno de sus colegas enemigos y de gastar todos sus ahorros y los de su esposa para vivir con la mujer que ama, bien podría ser el alter ego de García. Osorio dice todo lo que García siempre ha dicho, sólo que con más cinismo y crueldad. Es el Mr. Hyde de Dr. Jekyll-García: un personaje que apareció sin saber muy bien cómo pero que se nutrió de las incontables lecturas juiciosas de su creador.

García reconoce en Osorio la presencia del antipático Nick Corey, narrador de *1280 almas* de Jim Thompson; de Antonio, narrador *Días de guardar* de Carlos Pérez Merinero; y del escritor peruano Nelson Chouchén Otálora, en *Los impostores* de Santiago Gamboa.

Claro, hay un tipo como Ricardo Osorio caminando por ahí en la vida real. Se llama Pablo Osorio, y es amigo del autor. “Pablo es el típico tipo que hace chistes pesados, que monta *Happy Hour* con vos y terminás diciendo ‘me volvió mierda’. Él tiene un humor muy corrosivo, y creo que algo de ese humor lo tiene Osorio”.

Lo más sensato sería decir que el humor es el de García. Un tipo que es gracioso sin mucho esfuerzo y que todos –críticos, lectores y

y amigos- le reconocen su gran sentido del humor. Siempre pensó, mientras escribía *Recursos humanos*, que estaba haciendo una novela triste. Pero las carcajadas de quienes lo leyeron decían otra cosa.

“Creo que no lo puedo evitar. En el momento más dramático, como quien estornuda, me sale un chiste. Y a mí me divierte la gente que me hace reír. Me cuesta relacionarme con la gente que no tiene sentido del humor. Por eso es que no me gusta Uribe”.

Ricardo Silva Romero, otro escritor con buen sentido del humor, amigo y ex compañero en SoHo, cree que ‘Toño’ (como le dicen sus amigos) es un humorista puro. “Sus novelas son comedias”, dice.

Para Mariana Jaramillo, García “es una persona supremamente chistosa, pero con un sentido del humor ácido y cruel, y hasta cínico”.

El humor de *Recursos humanos*, vale decirlo, es humor negro.

Este escritor -cuyo reto siempre es escribir sobre cosas de las que no sabe, terrenos inexplorados- quiso apartarse de ese tono humorístico casi involuntario para su más reciente publicación, *Animales domésticos* (2010), un libro de cuentos. Los relatos que escribió, dice, tienen un tono más melancólico.

Cierto, aún tiene mucho terreno por explorar. Es un escritor joven después de todo, aunque le parezca ridículo ese rótulo.

\* \* \*

“No me gusta cuando lo presentan a uno diciendo que es un joven escritor. En literatura no debería ser una virtud ser joven porque se trata de una condición pasajera” (“El escritor en vivo”, revista SoHo, julio de 2009).

A García le quedan, en todo caso, unos cuantos años para que lo sigan tildando de escritor joven. Por lo menos hasta que pueda desprenderse del título de ‘uno de los escritores de Bogotá39’. Es decir, cuando cumpla 40 años y pueda considerarse libre del ‘joven’ que lo persigue casi siempre.

García, modelo 72, es un caleño que como muchos caleños vino a hacer su vida a Bogotá apenas terminó el colegio. Siempre quiso ser escritor, pero no podía justificarle a su familia tradicional la migración a Bogotá con la carrera de Literatura, mucho menos con un papá médico. Por eso buscó una fachada, y la que mejor se le ocurrió fue, vaya, Comunicación Social, que se conocía como una carrera ‘de reinas’.

Quería salir de su casa a toda costa y reencontrarse con sus amigos que ya estaban en Bogotá. Así que apeló a la coartada de “no te vas a quedar trabajando en Telepacífico: en Bogotá está El Tiempo y El Espectador”. Lo logró. La idea era empezar Comunicación y pasarse a Literatura. Pero inscribió la segunda sin abandonar la primera y, como se dio cuenta que podía con las dos y fue monitor en materias de Comunicación, terminó siendo tanto comunicador como literato.

Al momento de graduarse, trabajó como asistente de dirección en varios documentales. Luego entró a la radio en El Mañanero de La

Mega, más por casualidad que por cualquier otra cosa. “Estuve cuatro meses y creo que había podido ser otro descuido, como los documentales. A uno le ven talentos que uno no quiere explotar. Me sentí sobrecapacitado para el nivel del programa, aunque suene feo decirlo”. Allí le cedió el puesto a Mauricio Quintero, su gran amigo de universidad, que luego sería padrino de su matrimonio (y él del de Quintero).

La Mega no era de su gusto, se sentía incómodo. Tenía que hablar de las Spice Girls y poner música de Chichi Peralta. Renunció. Después vino el programa televisivo *Papaya*, que tampoco le gustó. “Tengo siempre el síndrome Forrest Gump: estoy en algún lado cuando aparece algo que me vincula a alguna cosa extraña”.

Se salió de la televisión, porque, confiesa, de ser mediocre prefería ser mediocre a su estilo. Pero *Papaya* le sirvió porque le dejó la plata que le permitió escribir *Su casa es mi casa* (2001), la novela que había empezado en 1995 después de una apuesta con sus amigos Juan Carlos Rodríguez y Claudia Vargas, mientras “hablaban mierda” después de clase.

“Hablamos de que no había una novela policíaca colombiana y dijimos que cada uno la iba a escribir. Yo ese día llegué a mi casa y escribí la primera página”. Trabajó en la novela de forma esporádica, hasta consolidar 17 pequeños capítulos. Y en el 99, cuando acabó *Papaya*, se sentó a terminarla.

“La primera novela fue muy chévere de hacer porque no tenés nada que refrendar, no sos nadie y ni siquiera la gente te considera escritor. Es el momento más aventurero que tenés en la carrera. Es el

deslumbramiento de: ¡jueputa, estoy haciendo una novela! Querés ser escritor y de pronto te das cuenta que todos los días te estás levantando a eso, que de hecho está pasando, que la historia fluye sola incluso a pesar de uno, y ya, tenés que sentarte a hacerlo”.

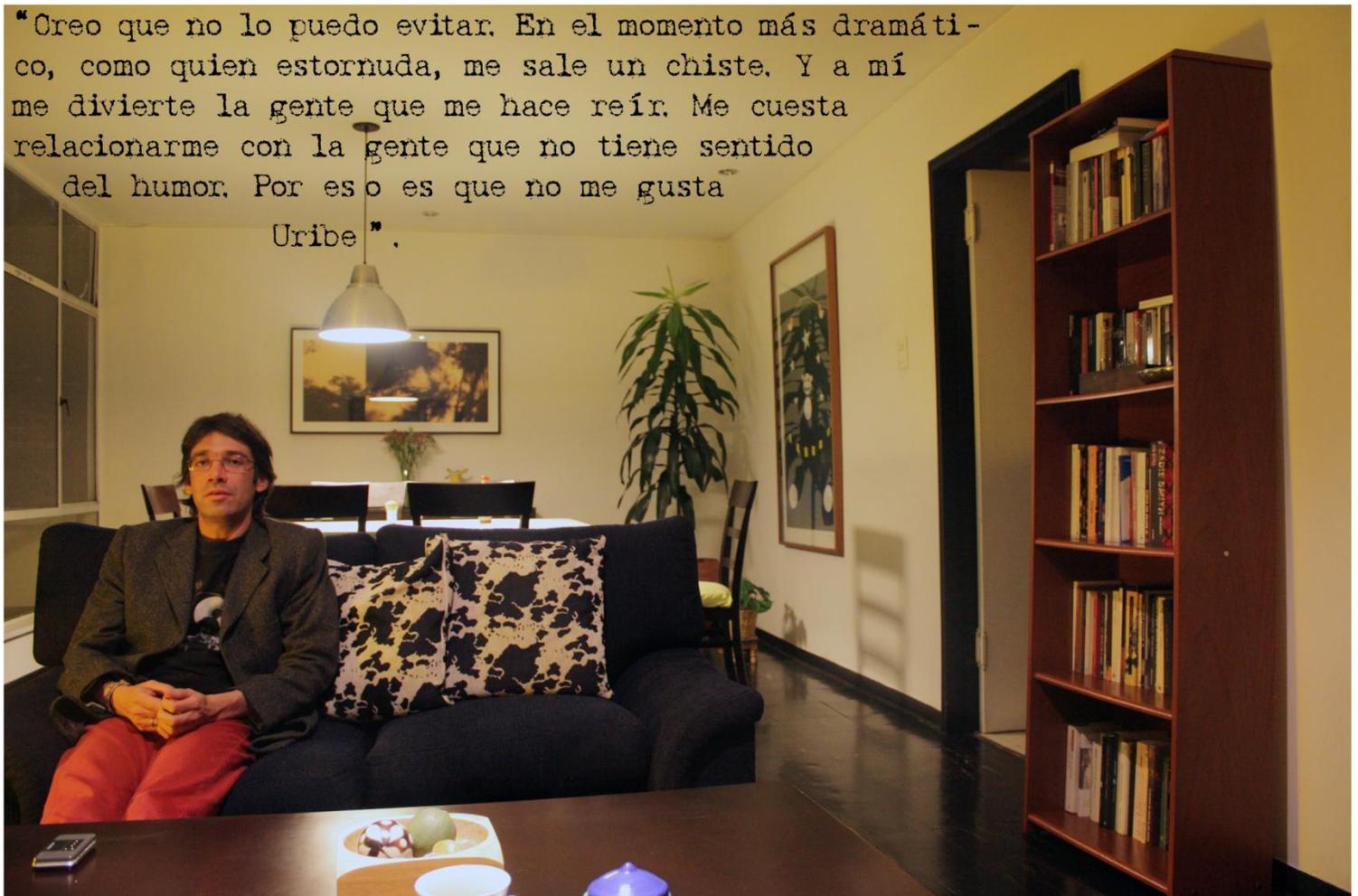
Sin más pretensiones de las que ya podía tener haciendo una novela, García la escribió con la premisa de “tratar de no cagarla”. Claro, con ese sistema escribió Adolfo Bioy Casares *La Invención de Morel*, y García, atento a la lección del escritor argentino, supo que no debía sobrepasarse.

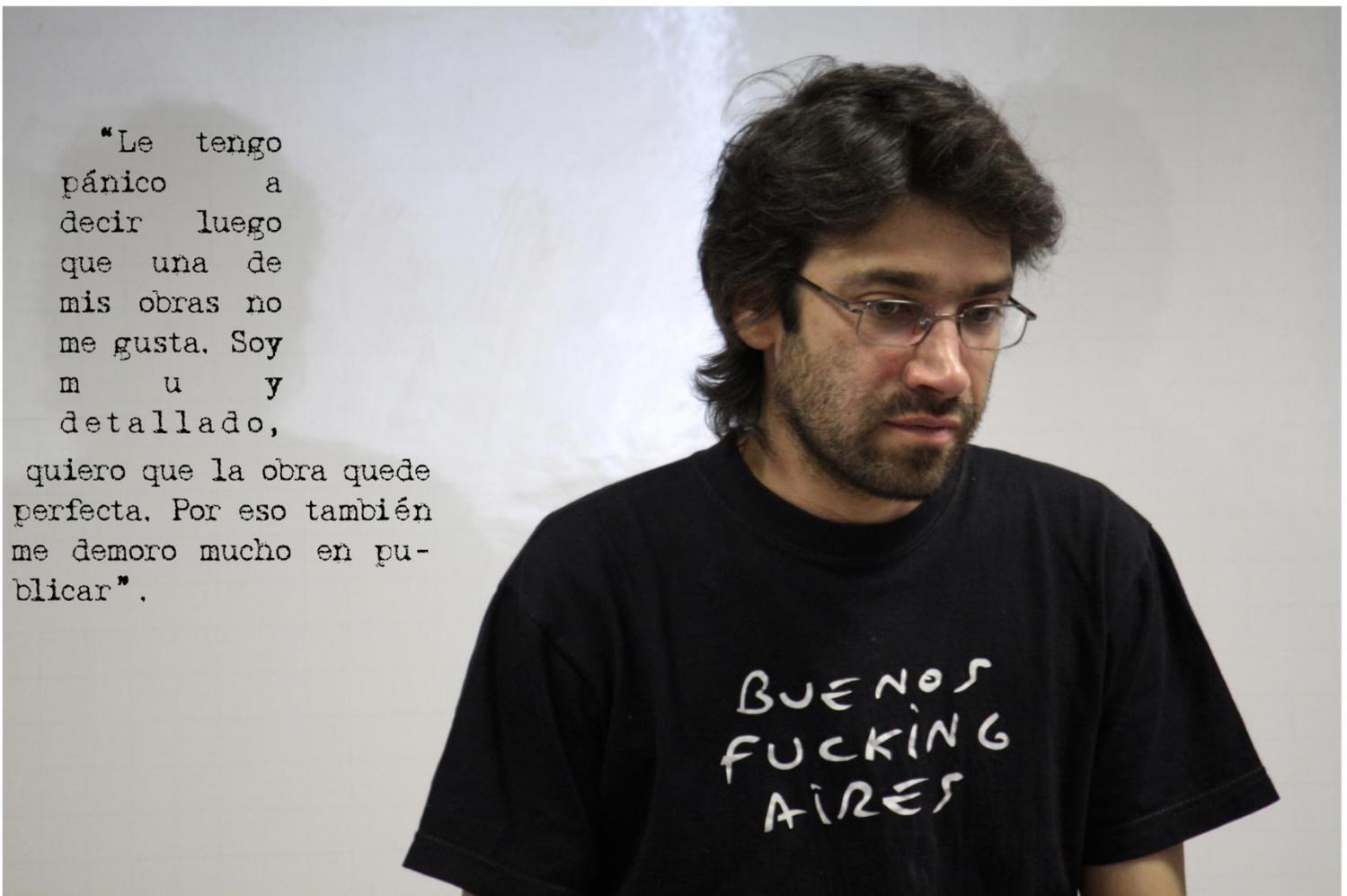
*Su casa es mi casa* tiene una voz muy cercana al habla, a la oralidad propia de García. Es una novela escrita en caleño. “No tuve que construir una prosa sino que podía echar mano de ciertas inflexiones”, confiesa. Por eso también su personaje, Martín Garrido, es tan cercano al autor: un caleño universitario que vive solo en Bogotá. Era el mundo del cual García tenía conocimiento. Era la voz que conocía.

“Reconozco que la calidad de la novela no es la mejor, pero le tengo mucho cariño a ese librito porque ha sido muy agradecido”. Claro, después de todo, *Su casa es mi casa* es la semilla de lo que vino luego, del escritor afamado *Antonio García Ángel*.

*Su casa es mi casa* es una novela negra, de adolescencia, muy urbana, de un joven que está buscándose a sí mismo. Tan valiosa es la novela, que hasta fue motivo de la tesis de maestría en literatura hispanoamericana de Mariana Jaramillo. En ella Jaramillo encuentra, desde un análisis sociocrítico, que en el campo de la literatura contemporánea colombiana Antonio García con *Su casa es mi casa*

“Creo que no lo puedo evitar. En el momento más dramático, como quien estornuda, me sale un chiste. Y a mí me divierte la gente que me hace reír. Me cuesta relacionarme con la gente que no tiene sentido del humor. Por eso es que no me gusta Uribe”.





“Le tengo pánico a decir luego que una de mis obras no me gusta. Soy m u y detallado,

quiero que la obra quede perfecta. Por eso también me demoro mucho en publicar”.

es un pretendiente de la posmodernidad consagrada por Álvaro Mutis. Pero para Jaramillo la posición posmoderna de García es, a diferencia de la de Mutis, una posición desfachatada y paródica.

Antonio García fue profesor de la Facultad de Comunicación en la Javeriana de 1998 a 2001. En su clase releyó los textos de comunicación que él nunca entendió como estudiante para explicárselos de forma sencilla a sus alumnos. “Hice el esfuerzo de descifrarlos y después sentía que era mi deber ‘plazasesamearlos’ para el público”, explica, con su habitual recurrencia a usar esos términos que parecen no tener sinónimo. Explicaba, por ejemplo, el concepto de estructuras de repetición de Umberto Eco y Omar Calabrese con el Chavo del 8. Así hacía la clase divertida.

“Creo que tenía rating, creo que era buen profesor”, dice, con mucha pena, porque siempre le ha parecido más fácil hablar mal de él que hablar bien. Mira hacia el vacío, tuerce la boca, entrecierra el ojo izquierdo, levanta la ceja derecha y se sonroja levemente. “En algún momento me eligieron como mejor profesor de la facultad o algo así y había que recoger un diplomita, pero nunca fui”.

Cuando el dinero disminuyó y fue apremiante tomar más horas de clase para tratar de armar un sueldo con lo que le pagaban como profesor, la docencia perdió su encanto. La rutina y la carga terminaron por destruir el encanto de diseñar clases divertidas. “Por fuera de ese pequeño mundo de la universidad, en donde sos el chacho del pueblo, no sos nadie. No quería envejecerme en ese feudo cómodo recitando lo de siempre”.

Y desde ahí los alumnos extrañan a García, el profesor. El escritor,

entretanto, terminó en 2002 su tesis en literatura sobre *Santo Oficio de la Memoria*, la novela del escritor argentino Mempo Giardinelli, y sobrevivió entre trabajos intrascendentes y efímeros. Luego entró a la revista SoHo como editor de especiales, su primer trabajo estable como escritor, hasta 2004. Daniel Samper Ospina, antiguo compañero universitario, lo invitó a que escribiera sobre cómo levantar en InVitro. “¿Por qué diablos no exigen que las viejas acompañadas lleven un gorrito, o un chaleco reflectivo o alguna cosa que las distinga de las solas?” (“De levante en el bar”, revista Soho, septiembre de 2001).

Bien. Antonio García, un tipo al que todos le reconocen un humor —como dicen por ahí— *muy fino*, una calidad docente muy cierta y un libro que lo puso en el mapa, ahora escribía en SoHo. Pero el trabajo estable fue de repente interrumpido por un anuncio imprevisto: Rolex, la marca de relojes, le iba a pagar un año para que se dedicara a escribir bajo la tutoría de un escritor peruano de apellido Vargas.

Vargas Llosa. Mario Vargas Llosa.

\*\*\*

“El contraste más visible entre Mario y el Vargas Llosa pretoriano y solemne que algunos han sabido endilgarle es sin duda su finísimo sentido del humor. No fueron pocas las sesiones en que terminé riendo a carcajadas. Con su gracia solo compite su generosidad, pues solo eso explica que me haya elegido a mí por encima de candidatos más sobresalientes”. (“Cómo es trabajar con... Vargas Llosa”, revista SoHo, mayo de 2006).

El Programa de Maestros y Discípulos de Rolex (*The Rolex Mentor and Protegé Arts Initiative*) fue creado en 2002 por la firma relojera para encontrar talentos emergentes y ponerlos un año bajo el ala de maestros en baile, música, cine, artes visuales, teatro y literatura. En 2004 el Programa escogió a Mario Vargas Llosa como el mentor de literatura y le dio tres candidatos para escoger su discípulo.

“Al leer sus historias y conocerlo, sentí que mi experiencia podía ser más benéfica para él que para los otros dos jóvenes autores que me dieron la impresión de tener una mayor convicción, con ideas muy claras de lo que querían lograr como escritores”, dijo Vargas Llosa, que había leído *Su casa es mi casa* y el libro de cuentos de 2002 *¡Aaaaaahhhh...! Doce relatos eróticos*, y que reconoció en García su estilo humorístico y su habilidad literaria destacada.

Pero lo que más le gustaba a Vargas Llosa de García era su ambición, su deseo de hacer algo importante. García le llegó a Vargas Llosa con la idea de la historia de un empleado que quedaba fuera del organigrama en un proceso de reestructuración de una empresa grande, pero que mantenía su puesto de trabajo y seguía recibiendo sueldo a pesar de no tener una labor real. Un empleado sencillamente olvidado, con puesto pero sin trabajo. Al escritor peruano le pareció muy divertida la idea y se interesó mucho en cómo iba a hacer García para desarrollarla.

Vargas Llosa impuso un ritmo intenso. Los amigos cercanos de García son testigos de la presión y la exigencia que el caleño tuvo ese año. El escritor peruano le pidió a García que escribiera constantemente, de modo que todas las semanas el discípulo le enviara un capítulo —entre 5 y 12 páginas, según fuera la fecundidad literaria— y el mentor lo llamaba y le comentaba. Cada tres meses se reunían en alguna ciudad del mundo y ahí la producción y la revisión eran diarias. Vargas Llosa fue, según sus mismas palabras, un lector privilegiado de los borradores, y en ese sentido no le decía qué hacer, sino que comentaba acerca de lo producido. Por eso la disciplina impuesta nunca truncó la libertad propia del proceso creativo de García.

La evolución de la historia ese año permitió que el gerente de recursos humanos de esa empresa, un pobre diablo, se volviera *Osorio*, el pobre diablo protagonista. Ese cambio ocurrió así, sin que García se lo propusiera, ante la mirada sorprendida de su mentor. Vargas Llosa se maravilló de la forma en que la historia cambió sin planearlo; un método, por lo demás, muy distinto al del escritor del Boom.

Osorio estaba destinado, como en su vida, a ser un personaje menor. Pero el devenir intuitivo por el que García condujo su obra —al que Vargas Llosa le inyectó disciplina— hizo que Osorio cobrara protagonismo y desplazara, una vez más, al empleado desplazado y olvidado por la reestructuración.

“Eso fue lo que llamó Vargas Llosa una ‘traición’ al plan original y que marcaba una diferencia entre el estilo de él y las cosas aleatorias que le sucedían a mi texto y que lo modificaron en el transcurso”, explica el autor. García escribió las 106 primeras cuartillas (el primer tercio del libro), de seguido, un poco en la bruma. Para las siguientes dos partes ya había un plan, que cumplió a cabalidad. Fue la primera vez que implementó ese método en su obra.

El escenario fue el punto de partida la novela. Una empresa, ‘La Empresa’, surgió de la necesidad dramática de un espacio en que

podiera existir un personaje como Conrado Pérez Ramírez, el empleado olvidado. Un lugar en el que pudiera perderse un funcionario por una reestructuración y, en últimas, el lugar en que Osorio pudo moverse de forma compleja sin ser visto. Un laberinto con historia que incluso tuvo un plano arquitectónico diseñado por García.

“Lo que más ganó (García) con la novela fue la manera como estructuró el espacio físico de esa empresa”, comenta Jaramillo.

“Tenía que construir una estructura arquitectónica que me permitiera una situación en la que un personaje estaba así”, dice García, que entonces recordó alguna vez cuando trabajaba en SoHo en que se tomó un par de tragos con un señor que le quería contar una historia de su vida, una desgracia, para ver si García la publicaba. Era un empresario que empezó su negocio en una casa y después compró la casa de al lado para ampliarlo. “Algo de eso quedó patinándome en una circunvolución cerebral”, dice el escritor.

Recordó, además, las instalaciones de Televideo por la época en que él trabajaba en televisión: “Era una empresa que iban organizando en una casa y los cuartos se iban disponiendo para las funciones y luego compraban las casas de al lado. Eso terminó en un laberinto. Y como no podían tumbar las estructuras de las casas tenían que pegarlas de algún modo, y entonces vos podías entrar por un baño y salir por un cuarto de la otra casa”.

Y recordó también, por supuesto, los laberintos de Borges. Y a Kafka, cuya obra leyó mientras escribía su novela. Se impregnó de esos pasadizos largos mal iluminados y esas ventanas puestas en lugares inoportunos.

Al final, García tenía una novela muy bien armada en la que aprendió la disciplina de Vargas Llosa y éste, su mentor, aprendió la maravilla del humor intuitivo de García. Cuando García terminó *Recursos humanos* Vargas Llosa quedó satisfecho: “Me siento muy feliz con el resultado. La novela es magnífica. Es una novela de humor. En nuestra lengua el humor no está muy presente en la literatura”.

El resultado satisfactorio se logró, bien lo reconoce García, por el minucioso estudio de todos los detalles que componen la novela. Sólo hasta que tuvo todo debidamente investigado pudo acabar el libro.

Por ejemplo: La Empresa, una compañía de mermeladas, alimentos deshidratados y detergentes, fue la creación laberíntica que se basó en la microempresa de un compañero de universidad de García que le explicó los detalles técnicos de la elaboración de los productos. Pero García se apoyó, además, en una investigación minuciosa en bibliotecas de libros técnicos y estándares de calidad sobre mermeladas y detergentes. Además se valió de informes empresariales que alguna vez corrigió para ganarse unos pesos y, por si fuera poco, visitó varias empresas para entender el ambiente para su novela.

Y es que, si algo puede decirse sobre el trabajo de García, es que siempre tendrá una investigación juiciosa detrás. Porque es un perfeccionista.

\* \* \*

Cada vez que Antonio García se encuentre escribiendo un nuevo libro, se le verá con un pequeño cuaderno a la mano, entre la Luis

Ángel Arango y los lugares donde hace investigación de campo. Este rigor periodístico es tan característico en su obra como su humor ácido y su tono coloquial. Pero va mucho más allá: es absolutamente obsesivo y cuidadoso, no deja un espacio al error, todo está corregido, revisado y pulido.

“Me gusta el ejercicio de ir a hablar con gente, de estar en el lugar de los hechos. Este trabajo a veces es *tan* autista, estando al frente del computador... Vos tenés que hacer cosas prácticas del oficio, y eso esa es una herramienta que da la comunicación”. Por eso, para uno de los cuentos de su último libro, que ocurre en un restaurante, García pasó meses dentro de muchos restaurantes, investigando: “Huelo a grasa de tanta cocina en que me he metido”. Y para otro, que ocurre en Miami, averiguó todas las calles reales de esa ciudad en donde pasa la historia.

Precisamente por el tiempo que le dedicó preparándolos “es que ese libro de cuentos que viene va a ser muy bueno”, dijo antes de la publicación Ricardo Silva, uno de los lectores de los originales de García.

Ahora, que acaba de publicar ese libro, es consciente de cuán pausado es su trabajo en aras de la calidad. No puede terminar un cuento hoy, por ejemplo, y empezar otro al día siguiente. “Tengo tiempos refractarios, en los que voy cargando la pila”, explica, y asegura que su trabajo cotidiano no implica producción de páginas todos los días, sino investigación y estudio.

“Le tengo pánico a decir luego que una de mis obras no me gusta. Soy muy detallado, quiero que la obra quede perfecta. Por eso también me demoro mucho en publicar”.

Para Silva -debido al tiempo que le toma publicar un nuevo libro y por las temáticas tan humorísticas- es que García “corre el riesgo que de que nadie se dé cuenta de que es un tipo muy juicioso y muy serio”. Porque lo es, en un nivel que a los que lo conocen parece deslumbrar.

“Toño es supremamente cuidadoso y meticuloso, y cuando decide meterse en algo es hasta el fondo. Como autor tiene muy clara la atmósfera y el lenguaje que va a poner en el texto, porque quiere que todo sea verosímil para el lector, pero sobre todo para él mismo”, explica Mariana Jaramillo.

A veces, como el mayor trayecto de un escritor puede ser sólo de la cama al escritorio y del escritorio al baño y de vuelta, García sale de su casa para escribir, siempre con su cuaderno bajo el brazo. Sabe que así se obligará a producir páginas ese día. “Cuando vos te tenés que bañar, vestir, pagar un transporte o un parqueadero e ir hasta una biblioteca, pasás todo el día y después regresás y no tenés nada, perdiste la ida. Pero si no tenés que hacer todo eso, entonces no existe el compromiso de producir. Salir de la casa sirve”.

Le sirve bastante. El lector puede asegurar que todo lo que lee ha sido debidamente investigado y estudiado, sea de su gusto o no. La mejor prueba son aquellos capítulos de *Recursos humanos* –graciosos, por lo demás- llamados ‘ALGUNAS PÁGINAS’, en los que García trata temas tan académicos como rebuscados. Son apartes de ‘tratos’ inverosímiles sobre banalidades o, al menos, asuntos sobre los que nadie más se ocuparía: una refutación zoológica de las fábulas Esopo, un manual sobre las características de las nubes, un análisis empírico sobre refranes y adagios, un registro de la aparición de desperfectos eléctricos en la literatura contemporánea, un

tratado sobre las carencias evolutivas del hombre... y así. Los capítulos, por supuesto, tienen una razón de ser dentro de la novela (mostrando, dice Jaramillo, la influencia del escritor hispano-mexicano Paco Ignacio Taibo II). Pero constituyen, sobre todo, la manifestación escrita del carácter investigativo y coleccionista de García.

Tardó siete meses en escribir esos capítulos después de haber finalizado el año con Vargas Llosa.

Y es que, como buen escritor, García es un lector incansable de todo lo que se le atraviese: “lee de todo, desde filosofía hasta superación personal. Por eso su mundo de referentes es muy rico”, afirma Jaramillo.

“Me parece bacano –explica el mismo García- ir a una hemeroteca a buscar algo. Me gusta porque eso te da una excusa para aprender. Mejor dicho: una de las principales motivaciones que yo tengo es aprender. Mi atención, mi capacidad de concentración se exagera cuando hay un territorio inhóspito que voy a colonizar”.

\* \* \*

*“También quisiera, como una muestra de reconciliación nacional, que Cecilia López y Uribito, en mitad de alguna plenaria del Senado, se rasgaran las vestiduras, se acercaran llenos de pasión, se besaran y anunciaran su mutuo amor eterno frente a las cámaras del del Canal Institucional” (“Deseos para el 2009”, revista SoHo,*



diciembre de 2008).

Debido al año en el programa de Rolex, García abandonó su cargo de editor en SoHo pero siguió como columnista. ‘El Erizo’ –como le decían en el colegio- es la columna infaltable de SoHo. Una dosis de humor mensual en que García habla desde la autosuperación hasta de un día en la vida de Andrés Felipe Arias.

En su primera columna, “Coleccionar palabras bacanas” de mayo de 2004, dice que herpo, icopor, esteatopigia, comedón y –por supuesto- bacano, le parecen palabras muy bacanas. Porque algo que le reconocen todos sus amigos es que García es un obsesivo de las palabras. “Con esas ‘esteatopigia’ y ‘fosas poplíteas’ duró haciendo chistes como seis meses”, confiesa Jaramillo, entre risas.

Una vez escribió una columna sobre la mierda: “Doce fragmentos para una columna de mierda”. Y otra, por la época del premio Rólex (finalizando el año con Vargas Llosa), sobre García Márquez, en que elogiaba al Gabo escritor y denunciaba al Gabo figura pública: “Los dos Gabos”, de julio de 2005. Una vez, cuando todavía era editor, se fajó una crónica de ‘infiltrado’ en un entrenamiento de combate contraguerrillero llamada “Cien horas en el Ejército”. Y ha publicado cuentos tan chistosos como “Retrato de familia con Papá Noel”, de diciembre de 2008.

El editor general de SoHo, Diego Garzón, es un admirador más de la versatilidad y el humor de las columnas de García: “Antonio es muy anecdótico. Siempre ha manejado el humor en sus columnas, así como en sus libros. Es una constante. En medio de toda la seriedad que nos rodea, ha sabido manejar esa frivolidad con altura. Lo valioso de su columna es que puede saltar de un tema a otro. Y lo más importante es que se burla de sí mismo”.

Después de todo, lo que más rescatan los expertos literarios de su obra es su capacidad inigualable para el humor. Eso, tanto en sus columnas como en sus libros, le permite construir escenas mordaces y graciosas. “Antonio tiene un don para imaginar situaciones absurdas y expresarse no sólo con pocas palabras sino también con generosas dosis de ingenio e ironía”, escribió alguna vez Vargas Llosa.

Eduardo Arias, también columnista de SoHo, cree que “sus columnas, que suelen ser agudas, miran el país a través de temas cotidianos, y con el paso del tiempo ha aprendido a manejar cada vez mejor su técnica de retratar el país, la sociedad, el mundo, a partir de esos temas aparentemente cotidianos”.

A veces el tema de las columnas aparece justo en la víspera del envío a la revista. Otras, duran varias semanas formándose. Unas le enorgullecen y otras lo avergüenzan. En ocasiones le es necesario comentar el acontecer nacional, tan divertido y ridículo como sus columnas: “Me gusta y a veces también me cansa, pero hay momentos en que digo ‘uy jueputa, necesito decir esto’”.

Y lo dice. Ya lleva seis años haciéndolo.

\* \* \*

Sus dos novelas y su libro de cuentos le han merecido distinciones (que para él no significan mucho) y el derecho a estar en ese selecto y misterioso grupo de los escritores colombianos. “Como acá escribimos diez gatos –dice- entonces uno escribe un libro y uno entra al club de los mismos diez gatos”.

Algunos de esos gatos son también sus grandes amigos, como Ricardo Silva y Pilar Quintana, que hicieron parte, con él, de los seis escritores *jóvenes* que un grupo de jurados escogieron para representar a Colombia en eso que se llamó Bogotá39.

En ese evento García jugó a cumplir con el papel que le impusieron, escritor joven, aunque el asunto le pareciera francamente ridículo. “El rótulo de escritor joven es tan ridículo como ‘selección de escritores que viven en clima templado’ o ‘antología de escritores de pelo negro’, porque eso no es relevante para el oficio. Es una condición pasajera, percedera. Yo lo que creo es que hay escritores buenos o malos”, dice, y a veces le parece que el hecho de ser joven excusara el hecho de ser bueno. A García le preocupa cumplir las expectativas de ‘escritor prometedor’, como lo llamaron muchos.

Por ahora, al menos para Vargas Llosa y para los lectores de Recursos humanos, las ha cumplido. Sólo necesitó un libro para consagrarse. Aunque no ha dejado de ser joven y todavía tiene mucho por demostrar y publicar, Antonio García Ángel es hoy un escritor. García se da el lujo de ser chistoso y coloquial y, aún así, ser uno de los escritores más minuciosos y metódicos de su generación. A diferencia del mediocre y facilista de Osorio, es un perfeccionista. Y también es un bacán. ■





**UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**